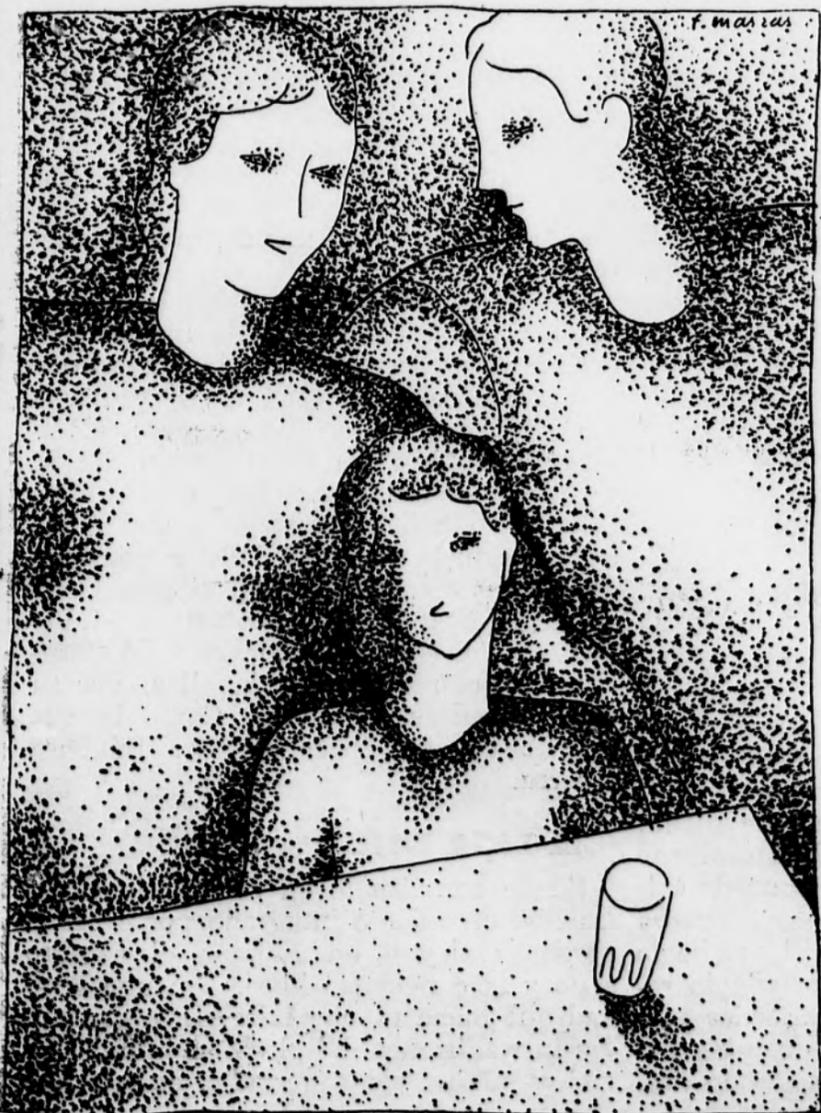


NUEVA ESPAÑA



DIRECTORES: ANTONIO ESPINA, JOSE DIAZ FERNANDEZ



S U M A R I O

Editoriales: *¿Dictadura letrada?*; *Frente sin afrenta*; *Los nuevos Ayuntamientos y Diputaciones*; *Cambó y las derechas*; «*La Liga Laica*»; *El Patronato del Turismo*.—*La realización de la Nueva España*, Marcelino Domingo.—Caricatura, Maside.—*Eduardo Ortega y Gasset*.—Antonio María Sbert.—Noticias literarias: *Alemania*.—*Conferencia de Einstein*, J. Rodríguez Migueis.—*Respuesta a una carta semicerrada*, Panait Istrati.—*Las fases de la vida del hombre*, Antonio Abaunza.—*El futuro Madrid*, F. García Mercadal.—*Rifi-Rafe*.—*El sepulcro de Don Quijote*, Emilio Palomo.—*Valle Inclán, la política y la cárcel*, Ramón J. Sender.—*El año político en Inglaterra*, René de Deney.—*La libertad inmóvil*, Benjamín Jarnés.—*El cinema en Rusia*, José de la Fuente.—*La Revista Nueva*, Roberto Castrovido.—*Reseña teatral*, Dongo.—*La Quincena Internacional*.—*Los libros*.—*Vida española*: Galicia: *La nueva generación*, Jesús Bal y Gay; *Una baja en las letras gallegas*, O. E.—*Política de realidades*, A. Villar Ponte.—Valencia: *Nueva política republicana*, Julio Just.—Castilla: *El campo y la literatura*, Luis de Villava.—*El discurso del Sr. Sánchez Guerra*.—*Ética política: Depuración de las conductas*, José Díaz Fernández.

AÑO I

Ayuntamiento de Madrid

NUM. 3

35 CTS.

ADOLFO SALAZAR

Nuestro cordial amigo y compañero Adolfo Salazar ha dejado de pertenecer al Comité directivo de NUEVA ESPAÑA. Según nos dice, no se halla conforme con el tono vivo y polémico de algunas secciones de la Revista.

No nos extraña su decisión. Hombre de especialidad, ajeno a las asperezas de la lucha política, no quiere participar de las inevitables violencias que nos aguardan a nosotros. Lo lamentamos. Siempre tuvimos en alta estima el talento y la cultura del ilustre musicógrafo, y en algunos aspectos de la obra de NUEVA ESPAÑA su ausencia nos privará de un valor insustituible.

Pero no por esto se debilita en lo más mínimo nuestro entusiasmo y resoluciones. Nosotros, aquí quedamos, lector, tan tranquilos y satisfechos al frente de la Revista y al pie del Rifi.

EDITORIALES**¿DICTADURA LETRADA?**

A su advenimiento a España, después del destierro, han sido estas las primeras palabras de Unamuno: *No más dictaduras*. Hay quien sueña todavía, entre la gente de buena fe, con dictaduras. Con una dictadura inteligente, de acuerdo con principios radicales izquierdistas, o con una dictadura culta, letrada. Para ello se echa mano, como argumento, de la infancia política de España y de la incapacidad, a juicio de algunos, de gobernarse a sí propia. Una dictadura sana, una dictadura de extracción revolucionaria, una dictadura intelectual, sería el mejor medio para salvar el foso de años que nos viene separando cada vez más, desde la Reforma, de Europa.

Pero nosotros no podemos desear dictadura alguna. Ni mala ni buena. Y mucho menos dictaduras letradas, que son, a nuestro juicio, las peores. Lo más malo de la peor dictadura que hubo en España, no fué lo que tuvo de dictadura militar. Lo peor fué lo que tuvo, en proporciones inconcebibles, más de lo que la gente se figura, de dictadura letrada. Esto es, de dictadura clerical. En una capital de España de 150.000 almas, el alcalde, durante varios años, recibió todas las mañanas de su confesor (un sacerdote jesuita) la orden del día del Ayuntamiento.

Lo peor de la dictadura de Primo de Rivera fué lo que tuvo de clerical. Y lo peor de toda dictadura clerical es lo que tiene de letrada.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

Una dictadura letrada, inteligentísima, no sería mejor. Sería—con distintas variantes—lo mismo. Cercenaría un cuerpo de la nación en nombre de principios muy respetables. Una dictadura es siempre una imposición, una humillación, un descrédito histórico. Y el peor de los descréditos, a nuestro juicio, la dictadura letrada. Por algo ha dicho el más individualista de los intelectuales, al entrar en España, después de su destierro: *No más dictaduras*.

NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año I • 1 de marzo de 1930 • N.º 3

Redacción, Administración y Talleres:
ALTAMIRANO, NUMERO 18

MADRID

Teléfonos números 40643 y 40505

FRENTE SIN AFRENTA

El Sr. Lerroux, al que reconocemos altas cualidades políticas, tiene en muchos momentos de su vida una actuación que pudiéramos llamar paradójica. Cuando parece imputar más rotundamente una movilización republicana, nos sorprende con el consejo de un frente único, no sólo con republicanos y socialistas, sino con monárquicos. Esto es absurdo. Todas las alianzas parecen lógicas menos esta: la alianza con los enemigos. Por lo visto, el Sr. Lerroux llega al delirio en esta clase de gestiones. Aceptar compromisos con elementos que vayan a las Cortes a votar otra Constitución que no sea la republicana, es una insensatez impropia de un jefe político responsable.

Este es un momento decisivo y resuelto. Está planteado el dilema: o republicanos, o monárquicos. La ambigüedad que ha caracterizado siempre nuestra política, está esquivada por el sistema de dictadura. Un pacto así, no sólo es una deslealtad política, sino un engaño a la opinión, una afrenta para las ideas y las convicciones sinceras. Creer que puede salir una República de unas Cortes Constituyentes hechas bajo un régimen monárquico es, o una ingenuidad, o una habilidad tan burda como los procedimientos electorales del viejo régimen. Porque, además, los que hablan de Cortes Constituyentes no aluden a un cambio de sistema, sino a una leve enmienda constitucional.

Los republicanos no pueden aliarse más que con los socialistas y con los partidos obreros de extrema izquierda. Son los únicos que tienen actitudes francas y definitivas: los únicos que no pueden alterar sus programas con el oportunismo político que hace años ofreció alguna promesa; pero que hoy está desacreditado totalmente.

LOS NUEVOS AYUNTAMIENTOS Y DIPUTACIONES

Esperamos que se nos permita discrepar del procedimiento seguido para la sustitución de los Ayuntamientos y Diputaciones de la dictadura. El sistema padece varios defectos substanciales. El primero es el de automatizar la formación de las Corporaciones locales con los mayores contribuyentes. De este modo, se las entrega en manos del capitalismo y de la gran propiedad, y se concede salvoconducto de ciudadanos de primera clase a los que ya disfrutaban el privilegio de la riqueza. Para que el privilegio resultase justo habría que conceder una parte a los menores contribuyentes capacitados para el cargo. El segundo de-

fecto es privar a las Corporaciones de su derecho a la elección de alcalde. El tercero, permitir que puedan formar parte de las mismas los concejales de la dictadura. Como si una de las más urgentes funciones de los nuevos Ayuntamientos no fuera la de investigar la obra administrativa de los últimos, en algunos pueblos realmente desastrosa.

Por lo que se refiere a las Diputaciones, es inadmisibles que las organizaciones obreras no tengan derecho a representación, cuando se les concede a las capitalistas, como son las Cámaras Agrícolas y de Comercio. Y lo mismo opinamos acerca de la excepción que se hace con las entidades intelectuales libres, como, por ejemplo, los Ateneos, que deberían participar mejor que nadie en la dirección de la vida provincial.

CAMBÓ Y LAS DERECHAS

Parece que las esperanzas que despertó el Sr. Cambó en las derechas españolas se va amortiguando poco a poco. No quiere decir esto que el gran núcleo del capitalismo, la plutocracia y la burguesía de nuestro país deje de mirar con simpatía al político catalán, caudillo de especuladores y sostén de patronos. Pero las declaraciones que hizo en Madrid, demasiado audaces, han surtido un efecto contraproducente.

Cambó propuso una especie de dictadura civil, basada en el alejamiento temporal de las Cortes y en la concentración de fuerzas conservadoras alrededor del trono. Ambas cosas les parecen admirablemente a las derechas. Pero ya nos les parece tan bien que se digan con la abierta franqueza con que las dijo el Sr. Cambó. En esto no ha dado el viejo político de la «Lliga» pruebas de esa perspicacia que generalmente se le atribuye.

Las derechas españolas son, por naturaleza y tradición, maniobreras y cautelosas. El largo tiempo que vienen disfrutando del Poder les ha enseñado a proceder siempre con ventaja y con la clásica hipocresía gubernamental. Por eso, cuando desean ardientemente una cosa, lo primero que hacen es ocultar que la quieren, o, al menos, que la quieren del todo.

Cambó ha debido comprender y secundar la táctica actual de dichos grupos. Ha debido proclamar lo mismo que a diario proclaman el A B C, y Bugallal, y Bergamín, y Romanones: «Restablecimiento de la Constitución del 76 y Cortes ordinarias.» De este modo, Cambó no habría asustado a nadie. No hubiera quebrantado la tácita consigna derechista y, a su tiempo, si este tiempo llega, después de conquistado el Poder, podría, con Constitución o sin Constitución, con Cortes o sin ellas, ejercer una verdadera dictadura. Como la que ejerció en su época el Sr. Sánchez Guerra.

"LA LIGA LAICA"

Se ha constituido en Madrid la «Liga Laica», organismo integrado por cuantas personas tienen en España el cerebro sano y la conciencia libre. Era una entidad que hacía mucha falta. Las constantes intromisiones del clero en la vida social y en las vidas privadas exigen una

especialización de la actividad ciudadana, que garantice el ejercicio sin trabas de la libertad de pensamiento.

No se trata de fomentar ningún sectarismo. Pero el respeto a toda clase de opiniones religiosas ha de partir de la igualdad de trato a las opiniones contrarias, deterministas y ateas. Por otra parte, el laicismo político no significa otra cosa que la neutralidad del Estado en cuanto a las creencias religiosas de los ciudadanos. Puesto que entre éstos los ha que creen, con Bossuet, que la religión es la poesía de la verdad y que (como nosotros) creen con Lemier que la religión es el opio del pueblo.

EL PATRONATO DEL TURISMO

Denunciamos ante el Gobierno al Patronato Nacional del Turismo por tratarse de un Centro burocrático más que no reporta ningún beneficio al país ni es la «fuente de riqueza y de prestigio nacionales» de que hablaba el decreto de su creación.

Pedimos que se revise la función de ese Patronato, la obra llevada a cabo en él y que se le dé una estructura diferente.

El Patronato del Turismo lo paga el español que viaja. Los viajeros de segunda pagan doble que los de tercera, y los de primera triple. Pero como el impuesto no puede exceder de tres pesetas, y cuanto más largo es el viaje mayor es la prima del seguro, se da el caso de que la persona modesta que haga un viaje largo en tercera, y pague la prima máxima de tres pesetas, abonará la misma cantidad del viajero de primera que haga igual recorrido.

Esa es la justicia tributaria en que se basa el opulento Patronato.

Se asignan a éste cuatro millones de pesetas. Pero después se concedió al Patronato un empréstito de 25 millones. Total: 29 millones. Se le encargaba de gestionar la llegada de turistas a España, «habida cuenta de la proximidad de las Exposiciones de Barcelona y Sevilla».

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

El resultado de esa gestión lo conocen todos los españoles.

Demostración: el Patronato del Turismo no ha sabido realizar la campaña de publicidad que exigía su misión. Si habiendo esas dos magnas Exposiciones no logró el objetivo propuesto, ¿qué turismo ha de desenvolverse en años sucesivos, cuando no existan tales Certámenes?

El Patronato del Turismo ha fracasado. Sus Guías están llenas de omisiones y desatinos. Su propaganda es ineficaz. Y dispuso de 29 millones de pesetas.

Demandamos una seria revisión y una transformación completa del organismo, sometiéndose entretanto a un régimen de tutela.

El Comité, compuesto por un conde, el de Güell; un marqués, el de Pino; un duque, el de Santa Elena, y de los señores D. Joaquín Santos Suárez y D. José Antonio de Sangroniz, ha fracasado totalmente.

IDEAS POLITICAS

La realización de la nueva España

por MARCELINO DOMINGO

¿Nueva España? ¿Qué significan el pensamiento y el deseo? ¿Significan el anhelo y el empeño de remozar España; de obligarla a entrar en el siglo xx y en Europa? ¿De limpiarla de todas sus costras; de salvarla de todos sus prejuicios? ¿De librarla de todos sus obstáculos? ¿De forzarla a ser lo que debe ser una Nación en nuestro tiempo y en nuestro continente?

Si éste es el afán que guarda en sus entrañas la divisa, lo primero para que la nueva España se imponga, es esto: despertar, resucitar, incorporar la vieja España. Es decir: para que España sea lo que debe ser, lo primero consiste en que España sea lo que es. Esto que se rotula con el nombre de España en los mapas históricos y geográficos, desde los siglos xvi y xvii, no es España: no es la España que es.

Para que la nueva España sea posible, urge restaurar, reconstruir, reconstituir la vieja España, que, por la calidad moral de sus hombres, la riqueza de sus variedades peninsulares, la pureza de su jurisprudencia consuetudinaria, puede representar un valor original, virgen y fecundo, en el continente europeo.

REVISADO POR LA CENSURA

Ya en pie la vieja España, que es la España entrañable, la nueva España ha de pensar esto: que, en lo presente y en lo futuro, la Humanidad se dividirá en dos categorías de naciones o pueblos: las naciones y los pueblos que viven de acuerdo con los principios de la civilización europea, y las naciones o pueblos que permanecen cristalizados e inmovibles en formas inferiores a esta civilización. ¿Cuáles son los principios de la civilización europea? Poderes elegibles y responsables, desde el jefe del Estado al último alcalde de la última aldea; soberanía del Poder civil, reducida la religión a sus iglesias, el soldado a sus cuarteles, y unificadas y controladas por el Estado toda las actividades económicas; enaltecidos, garantizados y estimulados los derechos del hombre; leyes sociales que eleven el proletariado a colaborador responsable, activo y proporcionalmente beneficiado de la producción; escuela única, que posibilite desde la enseñanza primaria a la Universidad, llegar libremente a todas las instituciones de cultura del Estado quien posea condiciones intelectuales probadas para ello; higiene pública, significada por profusión coordinada de sanatorios y preventorios, que fortalezcan la raza y eviten los estragos que causan en ella enfermedades que, prevenidas o atendidas a tiempo, pueden evitarse; sistema tributario basado sobre impuestos que no graven el trabajo ni el artículo de consumo, y que sean en su progresión e imposición compensadores de los desniveles sociales, y no en su unificación, medio eficaz, justo y económico de arbitrarlos; justicia rápida, garantida y barata, procurando con la independencia económica de la Magistratura y de responsabilidad ante el Parlamento, la independencia y austeridad de su actuación; Código penal y sistema penitenciario humanos: el uno evitando las penas crueles e irreparables, y el otro evolucionando del sentido prunitivo que aún tiene a un aspecto reformador de las anomalías morales de la personalidad humana; racionalización de la industria; obligación ineludible de cumplir la función social que le es imperativa; sumisión del crédito y de las instituciones bancarias a la vigilan-

EDUARDO ORTEGA Y GASSET

El otro desterrado de hace seis años ha entrado también en España. Fue, con Unamuno, el que mantuvo virilmente en el extranjero la protesta contra la irresponsable dictadura. Ortega y Gasset llegó a tal grado de dignidad, que hubo de ser desterrado dos veces: de España y de Francia.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

NUEVA ESPAÑA le renueva su adhesión más decidida.

ANTONIO MARIA SBERT

También está en Madrid, libre, otro perseguido: el iniciador de las milicias civiles de estudiantes. Una dictadura personal tenía que disminuir a pleito de carácter personal lo que era vigoroso empeño de ciudadanía.

"Ahora empieza lo más duro", ha dicho Unamuno a Sbert, transformado de universitario en luchador político. Sin benevolencia para con el pasado; sin otros contactos que los que le ofrezcan soluciones nuevas y bien definidas. NUEVA ESPAÑA estará con él en esa línea de ataque.

NOTICIAS LITERARIAS

Alemania

La vuelta de D. Miguel de Unamuno a España ha producido gran contento en la vida intelectual. Aparte de las grandes informaciones sobre el recibimiento que le dispensó España, publicadas en todos los grandes periódicos en las primeras planas y en caracteres especiales, las revistas publican artículos e entrevistas en los que se estudia la gran personalidad de Unamuno. Uno de los más prestigiosos críticos alemanes ha pronunciado un bello discurso radiofónico elogiando la figura del maestro. Leo Hirnsch ocupa las primeras columnas del *Literarische Welt* para hacer un parangón cívico entre Blasco Ibáñez y D. Miguel de Unamuno.

Gerhard Hauptmann acaba de publicar una novela, en dos tomos, de 90 páginas, que se titula: *Pasión*.

Matisse celebra actualmente una extensísima exposición de sus obras en Berlín.

La exposición del teatro japonés, ya abierta desde hace días, es un espectáculo sorprendente.

Va a levantarse en Berlín, a orillas del Spree, el primer gran rascacielos europeo.

En la primavera actuará en Alemania una compañía de teatro chino.

La «Emelka», productora de films socialistas e introductora de la producción rusa en Alemania, atraviesa una difícil situación y será adquirida, probablemente, por el Estado.

cia del Estado y a las normas que éste determine... Todo ello, en un desarrollo o plenitud y en posibilidad de ascender siempre a modalidades superiores, es ya Europa. Todo ello ha de ser España, si nueva España equivale a ser Europa. El empeño demanda energías heroicas, porque todo está por hacer. En España el Poder civil está sometido a las plutocracias financieras, a las espadas insurrectas y a las oligarquías eclesiásticas; el hombre se ve frecuentemente desposeído de todos sus derechos; el proletariado es todavía un asalariado irresponsable y de miseria; la enseñanza primaria consiente aún un 60 por 100 de analfabetos, y la superior sólo es permisible a quien posee condiciones económicas para adquirirla; la higiene pública, abandonada en absoluto, queda entregada a los impulsos de la caridad; la tributación se basa sobre impuestos directos lesivos a la economía doméstica y a la producción, y se percibe por medios onerosos e inmorales; la justicia es cara, lenta, dependiente e irresponsable; el Código penal acepta la pena de muerte y las penas crueles; la industria, sin orden, unidad ni concierto, queda entregada a la iniciativa privada; el propietario puede usar, abusar o desusar su propiedad; los Bancos se mueven a su antojo. Todo está por hacer en esta España, detenida en el siglo XVII. Todo es imperativo y urgente hacerlo, si España aspira a elevarse a colaboradora activa en la unidad de civilización que simboliza Europa...

¿Nueva España? Nueva España, si es el propósito entrañable de las generaciones audaces y creadoras, críticas y activas, destructivas y forjadoras que ha producido en todo el mundo la gran guerra revolucionaria, equivale, en síntesis, a esto: a resucitar la vieja España y sobre ella, en pie y con vida ya, esculturar una España europea. Si hay heroísmo y sacrificio para la obra, las mismas generaciones que hayan promovido el deseo podrán contemplar con sus ojos la realidad deseada.

ACTUALIDAD POLÍTICA



Susana y los viejos

Colectivismo contra individualismo

Conferencia de Einsenstein

por

JOSE RODRIGUEZ MIGUEIS

En la sala oscura del «Casino de San José» hay un susurro de conversaciones febriles. «La mitad son judíos o rusos», me dice en voz baja la muchacha que me ha traído a escuchar a Einsenstein. ¿Y la otra mitad?... Veo aquí mujeres elegantes y maquilladas; pero el aspecto general de esta sala es la de un comicio proletario. (Pasa por delante de mis ojos la visión del cortejo obeso de hace unos días.) Diríase que de un instante para otro va a surgir sobre la pantalla el perfil exótico y duro de un propagandista. ¿Es esto posible en Bruselas? En efecto: este público no tiene la insipidez tranquila, la morosa indiferencia de un teatro de Bruselas, tan pobres de pasión como lo son de especias los platos de la cocina belga. Esta gente aplaude, ruge, protesta, grita, vive. Y su entusiasmo se comunica pronto. Me doy cuenta de que no venimos aquí como vamos a la «brasserie», para matar el tiempo. Oigo hablar ruso, alemán, francés, español? ¿Es un Congreso internacional? Así parece.

El dueño del cinema es un intelectual comunista, un «camarada». Aquí está Serge Einsenstein. «Monsieur» Einsenstein como él dice. Palmas. Vivas. Gritos. En su gesto, *Tovaritch* Einsenstein pide silencio al teatro que lo aclama. No es Tito Schipa el que sube a escena. Hombre de mediana estatura. *Sans façons*. Nada de extraordinario. Ninguna *misse en scène* en este genial *metteur en scène*. Apenas los ojos pequeños y vivos surgen a distancia. Actitud negligente: las manos en los bolsillos de la chaqueta; los cabellos altos, despeinados. Juzgo que de su boca van a salir palabras como las de «Todo el poder para los soviets...». Pero no: «Prometí no hacer propaganda política. Bajo esa condición os voy a hablar.» Sonrisa irónica. El público sabe lo que su presencia significa... ¡*Tovaritch!* ¡*Tovaritch!*

Personaje extraño y simple. Su rostro, judío y bolchevique. El pueblo tiene un sentido penetrante de los valores.

Un crítico francés, M. Jean Fayard, aun elogiando al genio creador de Einsenstein, considera «La línea general» una «nanserie» y una escandalosa apología del maquinismo. Lo que me hace pensar en esos individuos que se rien del turismo y se quejan siempre de los malos hoteles y de los trenes atrasados. La misma miopía de Georges Lefèvre cuando en-

juició la Rusia soviética ciertos comentaristas de la Rusia nueva se apoyan en consideraciones puramente pesimistas y procuran darnos, sobre todo, la visión de las deficiencias y de las inferioridades, sería lo mismo que medir la cultura y la civilización occidental por los barrios pobres de Londres, por las cocotas francesas, por el barrio negro de Nueva York, por el número de crímenes que nuestra Prensa registra diariamente. El estado de los pavimentos y de las carreteras tiene cierta importancia como síntoma económico. Pero nada nos autoriza a lanzar conclusiones contra un sistema social porque haya lodo en las calles. Pero los críticos de Rusia van más lejos. Los pavimentos de Moscú, ¿son malos? Rusia está sepultada en un abismo de desorganización. ¿Están bien conservados? El bolchevismo es ridículo, porque hizo del asfalto, la razón suprema de su existencia... Un ciudadano radical anda de mal humor porque, en fin de cuentas, el bolchevismo se mantiene y el comunismo progresa en el orden económico. Un diario conservador le paga una visita al país de los Soviets. ¡Excelente! Nuestro amigo abre los ojos espantado sobre el paisaje social de Rusia. «¡Pero esto no es el Paraíso! ¡Esto también lo tenemos nosotros. No valga la pena de hacer la revolución para tan poco.» Pero, ¿quién les diría que el bolchevismo iba a implantar el Edén terrenal cerca de los Urales? «Es de suponer—dijo Einsenstein—que en el Occidente europeo cualquier niño de la escuela conoce un tractor agrícola. Pero ése no es el caso de la mayoría de los campesinos rusos.» Sin máquinas—sin N. E. P.—, la revolución agraria habría sido un mito, y los periodistas galos, muy cultos y espirituales, afirmarían que la Revolución rusa rasaba el plano medieval. Pero, ¿Rusia tiene máquinas como Francia, Italia, Inglaterra, Alemania? Los periodistas franceses (siempre muy cultos y espirituales) desdeñarán su materialismo grosero, su mecanismo desenfrenado y su americanismo de nuevo rico. Estos «intelectuales», que poseen *conduites*, viajan en *Pulman* y habitan *palaces*, olvidan que sus casos psicológicos, sus melindres literarios, o su talento pálido y anémico, o su hipercriticismo, deben la vida al ala protectora y metálica de la máquina, y que ellos mismos son alimentados, vestidos, conducidos y divertidos por la máquina, que repudian por snobismo o preconcepto literario. La máquina es espíritu y voluntad proyectada sobre el mundo—como los poemas y los «rascacie-

los»—, instrumento, condición del espíritu moderno. La Revolución no se contradice entronizando la máquina. Para eso, el marxismo esculpió la doctrina del materialismo histórico. La máquina es el ala poderosa que transporta el espíritu de nuestro tiempo. Sin ella, los bellos sentimientos, las magníficas doctrinas, quedarían inertes, impotentes. Precisamente, la Revolución rusa es la revolución de la eficiencia, del constructivismo, del pensamiento (acción). En su rápida conferencia, Einsenstein puso de relieve que en ella se funden las fuerzas mágicas, profundas, de los instintos con la luz clara y calmada de la inteligencia. Su obra es la prueba evidente de esta aserción.

«La línea general», sin embargo, no es sólo esto; es el poema épico de la lucha contra la rutina, la reacción y el oscurantismo. En ella, la máquina aparece como la armadura de hierro, al abrigo de la cual el Espíritu embiste con las sombras del Pasado. Anátoma contra la vida retrógrada, este «film» es la demostración documental de un momento decisivo en la historia de un pueblo: el momento en que el hierro se torna instrumento dócil y poderoso de una fuerza espiritual obstinada.

El Dr. Fayard persiste en ver en la obra de Einsenstein la victoria pura del genio individual. Pero es el propio Einsenstein quien afirma la inspiración nitidamente social de su trabajo, su técnica, por así decir, colectivista, sus objetivos doctrinales. En efecto: ¿En qué país sería posible hoy obtener la fuerte inspiración social de un «film» de esta naturaleza? Alemania nos dió «Metrópoli», un fracaso como significación. El cinema occidental, cuando no cae en el optimismo fácil, nauseabundo, de los americanos, o en su puritanismo odiosamente hipócrita, aborda el drama «tres»—mujer, marido, amante—que comienza y acaba en el lecho. Además, todo el cinema occidental vive en el régimen de selección democrática de «la estrella». Para mostrarnos de una manera dramática y viva las ventajas del colectivismo sobre el individualismo, Einsenstein no sólo recorrió Rusia entera, como puso en movimiento verdaderas multitudes. Algunos millares de mujeres trabajaron ante sus ojos para que él pudiera escoger esa figura simple, obstinada, heroica de Marfa Lapkina. Mujer fea, pero expresi-

va, sin «posse» ni fotogenismo, labradora inculta, descubierta casualmente entre tantas otras. Marta encarna el espíritu nuevo, el alma heroica y sufriente, la inteligencia obscura que se abre camino a través de la grosería y de los sarcasmos de los hombres de mentalidad primitiva. Todas las figuras de este «film» fueron arrancadas del cuadro natural de la vida rusa, para crear este símbolo de la vida nueva.

Así trabaja Eissenstein. Su genio repudia el cinema literario, el «film» «burgués». «Tengo la preocupación de producir documentarios.» En efecto, ni estudio, ni escena, ni «artistas», ni arcos voltaicos. La Naturaleza como cuadro, el sol como luz, la vida como tema y, como personaje, la multitud. El «dictador» del cinema soviético recorre los campos, las calles, las oficinas en busca de sus actores. De este modo, la multitud entra en su obra—en masa, como en «Octubre», o individualizada en sus típicos representantes—. «Cada individuo es capaz de ofrecer alguna cosa. Es la confección del «film» lo que atribuye un sentido simbólico y unitario a sus gestos y a sus expresiones.» A veces, los intérpretes se le aparecen inesperadamente: es el caso de Marfa Lapkina. A los dos meses de inútiles ensayos y pesquisas, la fisonomía de esta labradora se le revela en un momento. A este genio de la creación colectiva le llama el Sr. Fayard «la simple mirada del genio individual». ¿Y si así fuera? Todos comprenderían que, lejos de anular la personalidad individual, la Revolu-

ción rusa es el caso en donde ella encuentra el mayor número de oportunidades.

«La línea general» es la demostración necesaria de una transformación económica y mental. Con su mentalidad individualista, el campesino ruso, lejos de beneficiarse con la Revolución, encuentra en el régimen divisionario de la propiedad la miseria, la sumisión al *Kulak*, su antigua esclavitud económica. Urgía preparar el espíritu de las masas rurales para el trabajo lento y costoso de los ensayos de cultura colectivista de la tierra. Tal es la misión social de «La línea general». Marfa Lapkina es la mujer simple en cuyo espíritu la miseria despertó la luz. «No podemos seguir trabajando la tierra cada uno por sí.» En tanto que el *Kulak* prospera, engorda, la aldea cae a pedazos, miserablemente; los pobres no tienen caballos, ni alfalfa, ni simientes. Es preciso ir a mendigar a la puerta de los ricos. Pero los campesinos insisten en no ver el origen del mal y repudian las propuestas ingenuas y calurosas de Marfa. No importa. Escarnios, insultos, golpes: todos los sufrimientos no bastan para arrancarle la fe. Y por su esfuerzo (apoyado en más altos poderes), la aldea, poco a poco, se transforma y acaban las barreras egoístas de la propiedad, y los campesinos se dan las manos comprendiendo las ventajas de los métodos nuevos.

Hábilmente, sin ninguna apariencia de proselitismo, Eissenstein pone la máquina en el lugar del *pope*. Las escenas, ad-

mirables, de la procesión *ad pretendam pluviam* fueron acogidas con risas significativas en este país, donde el cura es una fuerza significativa. El rico labrador, que niega la limosna a los miserables, fué recibido con murmullos hostiles en esta ciudad donde los ricos abundan. Y cuando Marfa Lapkina, auxiliada por un trabajador aldeano, miembro de las organizaciones, arranca el deseado tractor a los burócratas que dormitan o charlan irreverentemente sobre los retratos de Lenin, la sala entera vibra en un clamor de aprobación. Todo el mundo comprende

SUSCRÍBASE A
"NUEVA ESPAÑA"

está sátira admirable contra la burocracia paralizante, de la que Rusia se va libertando. Eissenstein había dicho: «La escena en que presento a la burocracia ociosa demostrará que, contra lo que se dice, la libertad de opinión aun es en Rusia, a pesar de todo, un poco superior a la de ciertos Estados europeos.»

«La línea general» no es, pues, simplemente, el poema de la máquina. Es un «panfleto» vivo contra la reacción de las masas incultas, tantas veces incapaces de comprender los esfuerzos de los creadores de mundos nuevos.



El primer libro español sobre Rusia
que alcanza la TERCERA EDICION

Prólogo especial de Henri Barbusse, 16 fotografías tomadas por el autor y un considerable aumento en el texto.

Pedidos contra reembolso a Editorial Cénit, S. A.

Apartado 1.229.—MADRID

Exclusiva de librerías: C. I. A. P. Librería Fe,

Puerta del Sol, 15.—MADRID

CONFIDENCIA

Respuesta a una carta semicerrada

POR

PANAIT ISTRATI

Me escribe usted, señora, una carta muy sincera, inspirada en la lectura de *Vers l'autre flamme*. Es éste un documento muy característico, por su origen y su filosofía y por su concepción de la naturaleza humana. Veo en él a una clase, a vuestra clase, que por medio de la pluma de uno de sus miembros más representativos, confiesa su fracaso moral, su desesperanza, su escepticismo, su resignación. Si comparo vuestra carta con otros testimonios por mí recibidos de personalidades semejantes a la vuestra, he de creer en la existencia de un estado de espíritu, francamente desmoralizante, que reina en las esferas, antaño las más activas, en las inteligencias más valerosas del pensamiento francés.

En efecto: desde mi regreso de Rusia y del grito de revuelta que me ha arrancado la actual dictadura del proletariado, son numerosas las gentes de la calidad de usted y de su mundo que me han participado su descorazonamiento, la pérdida de la fe en una fuerza accionante, al servicio del bien general. Era esto para hacer cambiar la decepción que yo traía y, como usted misma lo hace, para «saludar» mi «valor» por haberlo dicho públicamente. Pero esto era también, para confundir en una sola las dos decepciones, suprimir todo espíritu revolucionario y obligarme a reconocer que «el bien hasta hoy adquirido es todo lo que podemos esperar de este mundo».

Pero usted es quien se expresa más claramente: «Con mis medios apacibles y mi dulzura de mujer, viviendo en la clase en que nací, he llegado a los mismos resultados que usted... es decir, a la soledad, al aislamiento, convencida de que la Humanidad que buscamos no existe ni existirá jamás más que en algunos individuos: La colectividad es siempre un monstruo». Y después: «Mientras haya seres humanos sobre la tierra, los grandes se comerán a los pequeños. El universo está fundado sobre bases de ferocidad.»

¿La conclusión? La vuestra: «Nos hallamos, pues, ante un caso desesperado. Ante esto, ¿qué hemos de hacer? Ninguna revolución llegará más allá de los Evangelios, y los Evangelios están en quiebra. ¿Qué más podemos hacer? Trata, individuo, de ayudar, de mejorar, de salvar a los individuos. Por mi parte, yo no he hecho jamás otra cosa, y mi trabajo me cuesta esto, tanto en mis libros como en mi vida privada.»

Señora, es usted demasiado buena «tomándose tanto trabajo por esto»; pero la manera que tiene usted de confundirme con usted y con su clase, no me parece ya tan correcta, a pesar de su sinceridad. También me molesta verla filosofar conmigo sobre el tema de «la quiebra de los Evangelios», como sobre el de «la Humanidad que nosotros buscamos» y acerca de los «grandes que se comerán a los pequeños». Un excelente amigo mío, médico burgués muy

humano, me decía hace poco que todo eso es biología, y que hago mal en querer cambiar el orden de las cosas.

No conozco la biología ni los Evangelios. También es posible que al escribir mi último libro haya regocijado a todos ustedes o que yo no me haya explicado bien. Como soy un obrero auténtico, a veces me ocurre que meto la pata; otras hablo confusamente; «pero siempre sé lo que quiero». Y si cien veces me tirase usted desde el tejado, otras tantas caería de pie. Sepa, pues, que mi libro no se presta a la filosofía, y que no lo he escrito pensando en usted.

Observe también lo siguiente: no soy de esos que hacen a su clase única responsable de todas las desgracias que suceden en el mundo. Incluso a mi clase no me liga más que el sufrimiento que viene de su vientre; esto es todo. Por lo demás, pertenezco a la vida. Esto me permite hablar con usted con entera libertad. La creo buena, justa y generosa. Estoy convencido de que si el mando del mundo le hubiese sido confiado, se consagraria usted a crear un orden social equitativo, aunque se reservaría para usted y para los suyos amables privilegios. Pero puesto que usted dice que vive en su clase, y como esta clase gobierna al mundo —yo sé muy bien cómo—, bueno será que cada uno de nosotros conserve su puesto; usted el suyo y yo el mío. Y mientras que nosotros conservemos nuestros puestos respectivos, toda disertación relativa al «Universo», que «está fundado sobre bases de ferocidad», será imposible.

Voy más lejos: en su lugar, y diri-



El primer rascacielos de arquitectura en color que se ha levantado en Nueva York

giéndome a un hombre para el cual vuestro orden burgués es una ofensa a la justicia, me sería molesto expresar un escepticismo tan confortable. ¿Es preciso conocer a Descartes, o bastaría carecer de pan para comprender que la partida no es igual? ¡El abominable equívoco!

Ustedes tienen de su parte el bienestar, las cenizas de los Evangelios para consolarse, todos los ejércitos de mar, tierra y aire para defenderos. Nosotros no tenemos más que nuestros dos brazos, miserables cuando no están ocupados, y casi tan miserables cuando lo están. Esto es comparable a la situación de un hombre que usted obligase a sentarse sobre un montón de brasas y luego, sentándose usted enfrente de él, pero en una butaca, le preguntase:

—¿Qué piensa usted, amigo mío, de este «caso desesperado» que supone la quiebra de los Evangelios?

—¡Creo, señora, que se me quema el trasero!

Así es como usted filosofa conmigo, convencida de que nuestra situación es la misma y de que estamos completamente de acuerdo. Me lo dice usted desde el principio de su carta: «Ha abandonado usted todos sus buques, incluso este último: el comunismo ruso. Se halla usted, pues, solo en su isla de Robinson. ¿No se ha apercibido usted de su soledad hasta ahora? Yo, por mi parte, hace mucho tiempo que me he dado cuenta de ella.»

Conoce usted, no sólo la suya, sino también la mía, porque al final de su carta agrega: «Hace tiempo que he adivinado en sus libros, y, mejor aún, en sus ojos, lo que es usted. Pero ahora, después de lo que acabo de leer, veo que, además, permanece usted en lo Absoluto como un niño.»

De donde se deduce que, usted en su clase, y yo en la mía, en lo «absoluto» ambos estamos convencidos de que para resolver la vida no nos queda más que la carabela de la resignación y una prudencia circunspecta.»

No; no es eso. Lo que yo era, lo que soy lo he adivinado mal en mis libros y más mal aún en mis ojos, que no han hecho más que divertir a vuestra alta sociedad en una noche de melancolía.

Ante todo, yo no he abandonado ningún buque, por la sencilla razón de que jamás he subido en ellos. Durante toda mi vida no he hecho más que «navegar» en torno a un solo buque: el que transporta las reivindicaciones de mi clase.

Al revés que usted, que siempre ha permanecido en su clase, yo salí de la mía a la edad de doce años. En esta edad de los sueños, que los sueños de mi clase no eran los míos. (¿Ha leído usted *Mes Departés*?) Mi clase hacía permanecer a su progenie diez años en la casa del mismo tendero de comestibles para convertirla en un personaje tan in-

portante como él o más aún. Mi buena madre no quiso hacer otra cosa de mí. Si no lo ha conseguido, es porque yo me opuse a sus deseos desde la edad de los sueños.

Luego, llegado a la edad de la conciencia, me di cuenta como en mis primeros años, de que mi clase no tiene más conciencia que la de usted. La «conciencia de clase» — de que habla cierta doctrina, y con ello aludo a su ferocidad en la defensa y a nuestro deber de atacarla a usted — no es más que la «conciencia de los apetitos de clase». (Se observa en vuestro Estado burgués y el Estado proletario.) ¡Gracias por la conciencia! Como carezco de apetitos, no tengo necesidad de esta conciencia. Yo no tengo sino mi conciencia, a secas. Y deseos. No vivo más que de deseos. En esto estoy blindado.

Pero puesto que vuestra clase da el ejemplo de atragantamiento en todo cuanto es vientre y sólo vientre, ¿por qué desea usted que yo no me solidarice con los apetitos que usted suscita en los míos, quienes, al menos, tienen la excusa de padecer hambre legendaria?

Desde mi infancia adopté el partido de ellos con el corazón henchido de tristeza, por saber que si nuestra necesidad es la misma, nuestras aspiraciones no lo son. Y no he luchado menos en las filas que fuera de ellas con el espíritu a que aludo. Esto es lo que yo llamo «navegar» alrededor del buque que lleva las reivindicaciones de mi clase.

Vea usted hasta dónde llega mi lealdad.

* * *

Ha sido casi total desde el día en que mis ojos conscientes vieron la vida. Y seguirá siéndolo hasta mi muerte. Nada me importa de todo lo que constituye el orgullo de vuestra civilización. Tampoco me interesa lo que es orgullo de mi clase, en lo que ella ejerce su poder y racionaliza la vida más cruelmente que usted, en nombre de una libertad futura.

Las cosas no pueden suceder de otro modo, lo sé; pero, ¿por qué he de ligarme yo a toda esta polilla humana? ¿No tengo mi propia columna vertebral, mis propios pulmones, mis miembros, mis ojos? Entonces, ¿por qué se me obliga a tomarlos de los otros, cuando me siento feliz como soy y no hago daño a nadie?

¡Tritúrate, pues, en el engranaje que te forjas tú misma, polilla de ambos lados de la barricada!; pero no acapáres lo que no es obra tuya: mi parte de tierra, de aire, de sol, de selva; ni me obligues a amar lo que tú amas, ni a odiar lo que tú odias. Para amar y para odiar yo estoy mejor organizado que tú; te llevo una delantera de mil siglos. La prueba es que, a pesar del acuerdo universal para la organización mortífera de la existencia, yo he logrado por mí mismo y cuando he querido deshacerme de tu compañía, violar tu conspiración y tus leyes y vivir como me ha parecido.

Ha sido tan hermosa mi vida, que, a pesar de sus sufrimientos no puede compararla más que con la de las bestias que viven lejos del hombre. Todo lo que constituye sus inmensos placeres lo he

obtenido sin dinero: el aire, el sol, el río, el amigo, la amante. Sólo el puñado de patatas o algunos plátanos, necesarios a mi estómago, me obligaron cada tres días a bajar la cabeza ante tan gran bestialidad. Esto es lo que nunca te perdonaré, pues un sólo día de ardiente trabajo, de los diez a que tengo derecho, bastaría para alimentar mi estómago si no existiera tu criminal barbaridad, que obliga a los hombres a plantar más postes de telégrafos que plátanos o patatas.

Y el mundo quiere hoy, más que nunca, postes de telégrafos, especialmente el nuevo mundo, de que se enorgullece mi clase. Quiere superar al antiguo. Vosotros construís rascacielos. ¡He aquí «casas-montañas»! ¿Habéis logrado suprimir el cerebro del trabajador? Nosotros le suprimiremos el alma, «que, además, no existe».

La Humanidad futura vivirá al ritmo de un trinquete accionado por un dictador universal.

¡No me conviene esto!

Quiero gozar, sufrir, penar, siguiendo el ritmo que bate su cadencia en el fondo de mi propio abismo. Siempre he sido así. No pudiendo explicarme el misterio de la existencia, lo he obedecido, aullando unas veces de alegría, otras de dolor. A esto es a lo único que me he sometido. Cualquiera otra obediencia me repugna, tanto más cuanto yo no soy nada peligroso para mi vecino; al contrario, le cedo mi única camisa cuando me he convencido de que le hace más falta que a mí. No tengan ninguna codicia; es fácil no tenerlas. Para conseguirlo basta con no querer aquello que naturalmente se nos niega. Pero nada de lo que constituye el gozo del cuerpo y del alma se nos niega naturalmente; ni nada de todo esto está bajo el poder del hombre. En cuanto a lo que los hombres nos niegan, y que es nuestro derecho natural, es preciso saber arrancárselo a toda costa; como sea. En este terreno estoy dispuesto a ayudar a mi hermano el hombre. Sin embargo, mucho de lo que se cree un derecho natural, no es sino superfluo o vanidad. En eso no me mezclaré yo.

* * *

Esto es lo que yo soy: soledad y solidaridad.

Maldigo al hombre; pero tengo confianza en este magnífico bruto; llegará un día en que se dará cuenta de que destruye su vida y la de sus semejantes. Entonces respetará las leyes, cuyo engranaje es de sangre, de pensamiento y de alma y cuyo supremo equilibrio es la contemplación. Hoy las desprecia, sacrificando su perfecta armonía a las innobles manifestaciones de su egoísmo materialista. Pero esto no puede durar. El egoísmo es un instinto que devora al hombre por la masa de satisfacciones que de él exige. Pronto habrá agotado todos los deseos. Entonces será la resurrección de la hermosa vida; la que hará comprender al hombre que el egoísmo es el vehículo de la muerte cotidiana.

¿No lo cree usted? «El Universo está fundado sobre bases de ferocidad!» Adonde dirija la mirada, a través de los

cuatro reinos, no verá más que eso. Sólo el ser humano ha pretendido cambiar la ley. Ha inventado la justicia, la caridad, el altruismo, etc... Pero las fuerzas de la tierra residen allí.» Sí; esas fuerzas se hallan allí; pero las otras también. ¿No lo ve usted? Ellas son tan imponentes como sus hermanas malhechoras. Al presente, su voz apocalíptica truena sordamente en todo el universo. Jamás ha tronado esta voz tan potentemente. A veces, extingue la voz de las otras, las obliga al silencio. ¿Quiere usted una prueba indiscutible? Hela aquí:

Figurese que un día en la plaza de la Concordia se suben dos hombres sobre el pedestal del obelisco y grita uno: «¡Quiero la guerra, la ruina, el saqueo, la supresión de todas las libertades!» y el otro: «¡Quiero la paz, el trabajo, la libertad!»

No hace falta meditar mucho, creo yo, para saber cuál de los dos sería echado a palos, inmediatamente, por la muchedumbre indignada

Otro ejemplo:

Usted descubre, en un camino solitario, a un hombre que, extendido sobre el suelo, a penas respira. ¿No se apresuraría usted a prestarle auxilio? Y si descubriera usted que era su peor enemigo, ¿se atrevería usted a abandonarlo? A menos que sea usted un monstruo, no necesito su respuesta; no puede ser más que dignamente humana.

Un tercer ejemplo que he visto en la vida: Dos familias vecinas de un pueblecito se odian a muerte; una noche se incendia la casa de una de ellas, y la otra familia, se olvida de todo, y va inmediatamente a salvar a sus vecinos.

No hago un melodrama; afirmo un hecho. El egoísmo, la ferocidad, el crimen colectivo, son malhechores que la mayoría de los humanos quiere de todo corazón extinguir de la vida. Es éste un deseo más universal que esa «ley» del mal de que usted habla. No vivimos, no creamos, no progresamos más que con este deseo. De él es lo porvenir, y es él quien lo traerá.

Si el mal se apodera de nosotros todos los días, a pesar de nuestro deseo de bien, se debe en gran parte a que ningún orden social, ningún poder del Estado se decide a declararlo delito público. Y también se debe a que el cuchillo no ha llegado aún a los huesos. Pero nunca logró vivir, sino como ladrón, como asesino, ocultándose de la luz. Nunca un ser humano sensato ha intentado hacer ostentación sin levantar una indignación universal. Jamás ha conseguido que se le legitimé, que se le reconozca, que se le conceda derecho de ciudadanía. Ningún artista, ningún escritor, puede hacer su apología sin cubrirse de vergüenza. (Cuando Nietzsche alaba la fuerza y dice que es preciso aplastar al débil, yo no entiendo por fuerza más que una: la que sirve a la Humanidad.)

¿En dónde ve usted de esto una mentira? Observe el bolchevismo. ¿Cree usted que haya salido de la cabeza de un loco? Ni siquiera ha salido de una cabeza; ha brotado del corazón de la tierra. ¿Y por qué es tan universalmente popular? (¡Incluso los salvajes lo comprenden!) ¿Por qué trasciende a mar

¿ismo? No; porque destila *Humanidad*. Si no es victorioso en seguida, debemos buscar la explicación en la estupidez dogmática de sus jefes.

Por esto yo tengo una gran confianza en el hombre, este innoble bruto. Y le ayudaré con todas mis fuerzas; pero no a la manera de usted. «Trata, individuo, de salvar a los individuos.»

No; yo no puedo salvar individuos. Nosotros, o salvamos a la Humanidad, o a nadie. Para mí, los individuos son los árboles que toco cuando atravieso la selva. Desde luego, me cuido de los árboles, cuidado a veces heroico—y con esto yo soy más amigo que cristiano—; pero lo que me preocupa es la selva. Y por eso soy REVOLUCIONARIO. En mis libros, en mi vida privada y, mejor aún, en mis ojos. (Si alguna vez ha visto usted en ellos algún destello de desesperación es porque a veces me ocurre que pienso en todo lo que existe, y que *mejor sería que nunca hubiera existido*; pero en este caso yo moriría; lo comprendo, y no me gusta. No puedo amar lo que me ayuda a morir lamentablemente. Pero por encima de todos los valores de la vida, quiero aquello que me ayuda a creer en la eternidad de estos valores. Y para *creer* me basta el deseo.)

No; no puedo salvar a individuos. *No se salva a los árboles cuando se deja destruir la selva*. Y usted no salva nada; más aún: teme usted extender su deseo de bienestar a la Humanidad entera, porque esto implica una amplia renuncia. Por esto *usted sigue en su clase*. Bien es verdad que usted no la defiende. Pero, ¿qué hace usted para expresarla abiertamente su desprecio? Nada. Se conforma con sonreírle escépticamente y con gozar de todos los privilegios que le concede, al mismo tiempo que usted la reprocha, la «*quiebra de los Evangelios*».

De modo que su soledad no es otra cosa que una solidaridad disfrazada, hipócrita. Esta no es la mía. Cierra usted los ojos ante las ignominias de su clase y se calla, adhiriéndose de este modo a todos sus crímenes. Yo no hago lo mismo. El día en que mi clase, sen-

tada en torno a una inmensa mesa, me convenciese de que se entregaba a una criminal glotonería, ya ha visto usted cómo la he atacado, después de haberla abrazado tiernamente.

Medios apacibles, dulzura, resignación, caridad cristiana, soledad. Son estas las virtudes y la actitud de su clase, en la parte más inteligente y más generosa de ella, en esta época sangrienta. De modo que el mejor de vuestra clase engaña a la mía, la duerme, cantándole: «No se puede hacer nada. El mundo es y seguirá como siempre ha sido.»

Abdicación cómoda y aparente, esta moral acapara los espacios. Domina el universo. POR SU ARTE, detenta todos los medios de manifestación artística e inunda la tierra de obras beatamente sentimentales, tontamente pacifistas, cobardemente neutras, y en ellas todo es mercancía, comercio, dinero. Un cuentecito o artículo estúpido de un autor de fama se paga cinco o diez veces más que la jornada de trabajo mejor retribuida de un minero, de un soplador de vidrio, de un electricista. Esto es charlatanismo auténtico, invitación al latrocinio.

Por su enseñanza oficial, falsifica a sabiendas la verdad contemporánea, levanta monumentos a los muertos y prepara a los espíritus jóvenes para futuras hecatombes humanas. Envenenamiento metódico de los pueblos con el sudor de los pueblos. Estafa.

Por sus iglesias: terrorismo clerical. Nunca como hoy, desde hace un siglo, la hipocresía divina ha manifestado su feroz deseo de envolver al hombre en los horrores del oscurantismo. Jamás ha encontrado más complacencia en vuestra clase volteriana, en la que halla un excelente cómplice para el dominio de ambos.

Por su política, locarniana, naturalmente: «abajo los fusiles.» Pero mantiene treinta millones de hombres armados, diez millones más que en 1914. (He aquí una muestra de su buena fe: el senador Borah escribía con fecha 30 de noviembre, en el *Collier's weekly*:

«Mientras que el ministro, Mac Donald, en «*tournee*» pacífica por los Estados Unidos y al habla con el Presidente Hoover, hablaba del desarmé, Inglaterra y los Estados Unidos gastaban unos *sesenta mil dólares por hora, es decir, 1.500.000 francos para la preparación de la guerra.* (Le *Matin* del 1 de diciembre.)

Esa es vuestra civilización, la cual usted conoce mejor que yo, porque está mejor informada. ¡Gigante sanguijuela agarrada al cuerpo fano de la Humanidad sufriente! Ella devora hoy y anemiza todo lo que es energía creadora debida al pensamiento laborioso y a los brazos del obrero. Sabios y trabajadores no viven más que de las migajas.

Se asombra la gente de que América haya ofrecido a madame Curie cincuenta mil dólares para que compre un gramo de radium; pero, ¿quién se ha escandalizado al oír que la misma América ha votado 200.000 dólares sólo para que se pasee por Londres su Delegación en la Conferencia naval «de los cinco»? Esta civilización que pretende tener médicos y alentar la Ciencia para el bien de la Humanidad, se ha instalado en Egipto, en las Indias y se reparte la China. Pero, ¿qué hace para detener «los estragos del tracoma que en un 95 por 100 castiga a los fellahs y a quince millones de chinos, tan enfermos de la vista que caminan ciertamente hacia una ceguera total»? (Palabras del doctor Henri Bouquet.) Sólo en esos tres países, que disfrutaban de la felicidad de vuestra civilización, hay ya un millón de seres humanos completamente ciegos. Y ya sabemos que no es esa, por muy terrible que sea, una enfermedad incurable, si se la coge a tiempo. ¿Qué debemos pensar de otras plagas—la tuberculosis, la sífilis, la miseria, la ignorancia—que desolan aquellas clases de la sociedad cuya única falta es la de sufrir sin protestar?

Habla usted de mi «valor». Yo no soy ni más valiente ni más cobarde; pero sé que sólo tengo una vida que perder. Sé también que esta vida me sería insostenible si tuviera que callarme y adherirme a ese orden, que constituye la felicidad de algunos, de los peores, y la desgracia de una Humanidad absolutamente inocente, para la cual ningún Poder no ha hecho nunca nada completamente humano, y por la cual sólo el bolchevismo quisiera hacer ahora lo que ninguna organización ha intentado jamás.

Los trabajadores de toda la tierra soportan hoy la carga de un régimen, de una técnica y de un progreso de los que no conocen más que los vicios, el despilfarro, la superchería, la amenaza, el crimen. Montañas cotidianas de papel que contienen nuestra estúpida charlatanería. Las masas lo ignoran, y hacen muy bien. Avalancha, publicidad desenfrenada de los productos comerciales de las píldoras Pink a los artículos Coty, y de los que el más absurdo vale más caro que el pan de una familia numerosa durante una semana. Y paralelamente a esta industria, en apariencia inofensiva, la industria del homicidio y del espionaje con sus ejércitos, su policía, sus máquinas.

Pero lo que tal régimen y tal técnica



Una fotografía de las últimas manifestaciones obreras en Berlín

tienen de verdadera civilización—el alumbrado eléctrico, el gas, el telégrafo, el teléfono, la higiene, la medicina, la honestidad, la verdadera enseñanza, la verdadera educación, la distracción instructiva, la habitación sana—lo desconoce el 90 por 100 de la Humanidad en este primer tercio del siglo XX.

¿Cómo pueden ustedes tolerar un orden social semejante? ¿Cómo pueden

soportar la vida? ¿Cómo no se dan ustedes cuenta de la falsedad de su resignación y de todo lo que tiene de criminal? De modo que no se haga usted ilusiones sobre mi soledad ni sobre mi desavenencia con los soviets. No estoy en desavenencia con el *bolchevismo*, sino con los malos *bolcheviques* y con su incomprensible sabotaje, consciente o inconsciente, de la Revolución. Esta, del mismo

modo que los sufrimientos de los hombres, que me son bien conocidos y que jamás olvidaré, merece toda mi confianza en su futuro y toda mi combatividad.

Siempre he sido, y sigo siéndolo, el soldado apasionado, el francotirador de la «melée» social. Junto a los verdaderos revolucionarios y por una Humanidad mejor.

PSICOLOGÍA MÉDICA

LAS FASES DE LA VIDA DEL HOMBRE

por ANTONIO ABAUNZA

Coñocida es, desde los estudios de Freud, la primigenia importancia que tiene la madre en la evolución normal del psiquismo del hombre.

Es natural que las razones biológicas de la maternidad, por las cuales la semilla humana germina en el fértil terreno que le presta la arquitectura somática femenina, repercutan considerablemente—fundamentalmente—en la formación espiritual ulterior del hombre.

No en vano los primeros tiempos del desarrollo transcurren en completa dependencia del organismo de la madre. Dependencia absoluta durante la fase intrauterina y que poco a poco va convirtiéndose en más relativa, según se define el poder de autosupervivencia que caracteriza al hombre adulto.

Y es que si estudiamos las etapas por las que atraviesa el ser humano desde que nace hasta que muere, nos convenceremos de que su vida no es sino una progresiva separación, un progresivo desprendimiento del ser que le llevó en su seno. Separación que se verifica en etapas sucesivas, que guardan una estrecha relación órgano-psíquica. Marcadas por la progresiva evolución somática, regulada seguramente por el aparato endocrino.

Hasta llegar a su completa formación, en cuyo instante deviene apto en su beneficio y en el de la especie, pasa el hombre por fases decisivas, de cuyo tránsito normal depende su actuación social beneficiosa.

Fase primera: la intra-uterina, en la cual, como hemos hecho resaltar, la dependencia del hombre a la del organismo materno es absoluta. El momento del parto, doloroso accidente para la madre y experiencia primera para el niño—el recuerdo de cuyo trauma permanecerá en los estratos más profundos del inconsciente individual, dispuesto a resurgir y vadear (neurosis) la censura del consciente con los más variados disfraces (Otto Rank)—, marca el primer eslabón de la escalonada separación respecto a su madre, que ha de significar la vida del ser que nace.

Durante la lactancia, la dependencia es menos completa; pero, sin embargo, el infante subsiste a expensas de su madre, que llena casi todas sus necesidades. Necesidades de orden órgano-psíquico y de sexo, como ha demostrado Freud, ya que los impulsos sexuales existentes en esta

edad se desplazan hacia motivos alimenticios en beneficio de la nutrición. El destete marca otra gran etapa en esta progresiva separación de que hablamos. El niño entra en este momento en un ambiente distinto. Fase intrafamiliar. El padre se presentará entonces con los atributos del que manda. Y durante este período es cuando la psique del niño se conforma definitivamente. En ella se enfrenta con el complejo de Edipo, que surge de su inconsciente colectivo y cuya liquidación constituye para los freudianos la fuente principal de neurosis. La detención de la evolución psíquica en esta fase, con la correspondiente fijación del niño a la madre y de la niña al padre, convierte al ser en parásito incapaz de enfrentarse valientemente con las exigencias de la vida. Por desplazamiento, es en esta fase en la que el niño hará converger hacia sí su atención erótica, autoerotismo, cuando las hormonas sexuales despiertan su actividad. Otro sexual que inicia una nueva vida, tanto somática como psíquica. Momento narcisístico que en determinado instante se convertirá en impulsos homosexuales, que se satisfacen *inocentemente* en las relaciones con los amiguitos de esta edad. Días de angustiosa curiosidad sexual, en los que el hombrecito ha de manejarse sin una ayuda inteligente (mal que existe en todos los países, en mayor o menor grado; pero particularmente en el nuestro), ya que la cuestión sexual ha devenido tabú, pecado, y es reprimida brutalmente por los educadores, como algo de lo que no se puede hablar, como si la naturaleza entendiese de las suspicacias y malevolencias humanas. Es en esta edad en la que la imagen del padre se refleja en la vida del hombre como el pináculo de las aspiraciones apetecibles. La efectividad en un primer momento se halla fijada a la madre y es captativa (Codet). Con el tiempo se convierte en oblativa (Pichen), es decir, el niño aprende a bastarse a sí mismo.

Y en este momento entra el niño, el hombre ya, en la fase intra-social (Laforgue la denomina intra-national, como buen francés y nacionalista por lo tanto). Es la etapa del destete afectivo en el que el hombre *sacrifica* a su madre, aprende a pasarse sin su ayuda.

El impulso sexual—la libido—se proyecta sobre el objeto adecuado. La mujer—in genere—deviene motivo de cu-

riosidad del jovencito. Mujer abstracta que responde a un modelo ideal, que en los estratos inconscientes del psiquismo se identifica con la madre. Y poco a poco, el objeto sexual se concreta. Las mujeres se ven condensadas en una mujer única en los menos casos, mas generalmente, en un *tipo especial* de mujeres. Y he aquí la razón fundamental por la que el hombre es normalmente monógamo: porque la elección de mujer está gobernada por la imagen ideal inconsciente de la madre, que es una. Detrás de la mujer que amamos se encuentra siempre la imagen simbólica del cariño más puro que podemos tener.

En esta edad de la vida es en la que se empieza a sentir el estímulo del mundo ambiente. Es cuando al hombre comienza a inquietarle el deseo de intervenir en el torneo social. Ya formalmente constituido, quiere actuar como elemento independiente. En este momento es cuando suelen surgir las desavenencias familiares, el antagonismo de los seres: uno de los cuales termina y el otro empieza. Hasta que el hombre consigue librarse del ambiente familiar. El nuevo hogar se constituye, y ya completamente sumergido en la actividad social espera—luchando siempre—la decadencia fisiológica del organismo. Decadencia que se instaura más rápidamente de lo que parecer pudiera, aunque no tan de prisa como en la mujer. En lisis insensible, sí: de la que son precursores esos años de la llamada madurez, época en la que el hombre hace la síntesis de su vida. Moviliza sus últimos recursos para defenderse al socaire de su posición conquistada, del vendaval de la vejez. Regresa a la situación primera de su vida e identifica la fortuna adquirida con la imago de la madre-alimento que atendió a sus primeras necesidades.

Y ahora meditemos brevemente sobre el valor etiológico y patogénico que ha de tener en los trastornos mentales cualquier perturbación de este curso evolutivo normal de la psiquis del hombre. En la detención en cualquiera de las fases precitadas. En la regresión a una fase anterior. Teniendo en cuenta todos estos motivos nos será permitido captar el mecanismo de producción de múltiples trastornos mentales que a primera vista presentan una complejidad inabordable si nos dejamos guiar solamente por la observación superficial de los síntomas del cuadro morbo.

URBANISMO

EL FUTURO MADRID

por

F. GARCÍA MERCADAL

Arquitecto

Por una vez, el Ayuntamiento de Madrid tomó un acuerdo plausible y digno de elogioso comentario: tal ha sido convocar el Concurso Internacional del Plano de Extensión de la villa y corte, poniendo sobre los tableros de los especialistas nacionales y extranjeros el tantas veces discutido problema del extrarradio, contribuyendo al mismo tiempo al desarrollo del urbanismo nacional, al que, sin duda alguna, servirán de buen ejemplo los proyectos que se esperan concurren al citado concurso.

No sólo aquí quedó el buen hacer de nuestro Ayuntamiento: lo mejor estuvo en la buena y seria preparación del concurso, llevada a cabo, al igual que en otras grandes capitales extranjeras, por una oficina especial creada con dicho fin, que en plazo brevísimo y con un ritmo muy poco municipal ha condensado sus trabajos de *Información sobre la Ciudad* en voluminosa y bien impresa Memoria, primera de su género en España, en la que se pone de manifiesto, no solamente el estado social y económico de la capital, sino también sus posibilidades urbanas, aquellas que los técnicos deben en sus proyectos avalorar y encauzar fijando normas para que el futuro desarrollo de la urbe no siga haciéndose, como hasta hoy, sin plan alguno, dando por resultado las vergonzosas y caóticas aglomeraciones urbanas que nos rodean.

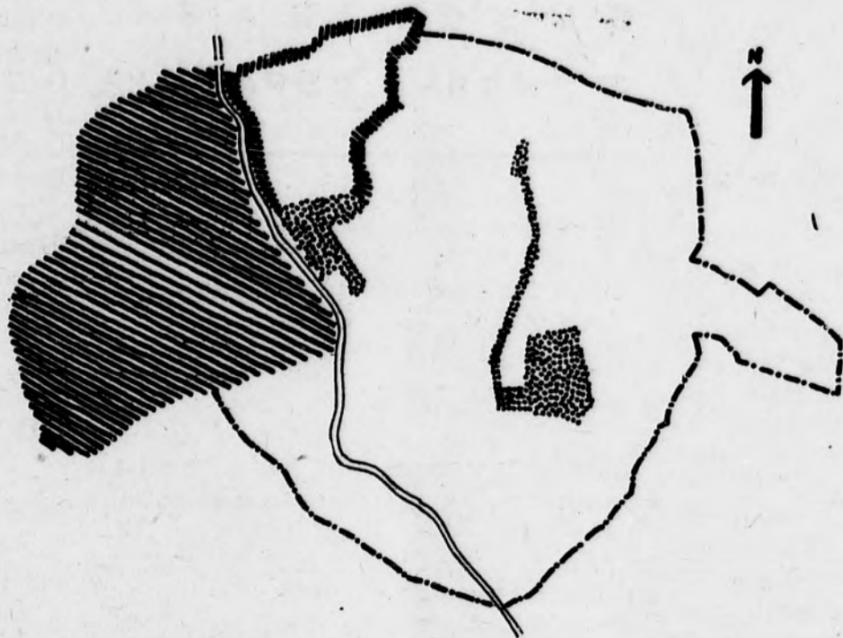
Expresivos en verdad son los planos y gráficos que ilustran la Memoria que comentamos, algunos de los cuales merecen especial comentario, y todos ellos, el conjunto de la labor realizada, que se expone en el antiguo Hospicio, el estudio y la atención de todo aquel que sobre el porvenir de Madrid se interese.

De todos los planos, uno atrae sobre los demás nuestra atención: tal es el que a los espacios libres se refiere, en el que, con una simple mirada, descubrimos el estado casi feudal de los mismos, ya que de la totalidad del término municipal, cuya superficie es de 66.756.482 metros cuadrados, la Casa de Campo ocupa 17.019.642 metros cuadrados, elevándose el resto de los espacios verdes públicos de la villa a 3.891.846 metros cuadrados, dándose el caso de existir enormes espacios sin un jardín y sin un árbol, aquellos precisamente en los que se concentran las viviendas insanas, aquellos en los que la mortalidad infantil se eleva hasta el 10,5 y 8,95 por 1.000, como ocurre en los distritos del Congreso y de la Inclusa, respectivamente. Bien podemos decir que el aire, la luz, los árboles y la Naturaleza están aquí materialmente monopolizados en beneficio de unos pocos y que el enorme vedado del Oeste, antes mencionado, impo-

sibilita la expansión de la ciudad hacia los terrenos menos áridos.

Por una vez más, será preciso repetir que Madrid, pobre hoy en superficies verdes públicas, pocas y mal distribuidas, podría con facilidad ser transformado y elevado en este aspecto a la categoría de Berlín, Viena o Londres, tan sólo con la transformación de la Casa de Campo y del monte del Pardo en parques públicos, deseo constantemente manifestado por el sentir popular, medida que tendría pronto una repercusión en las estadísticas de mortalidad antes mencionadas y que rodearía a la capital de una cintura verde propia de una ciudad civilizada.

Bien es verdad que en cuanto a la imposición del Estatuto municipal a los Ayuntamientos de hacer y aprobar sus planos de Ensanche y Extensión, el de Madrid no había dado ejemplo al resto de España, y otras capitales, entre ellas Barcelona, Bilbao, Burgos, El Ferrol, se habían adelantado, organizando concursos similares o formulando sus proyectos por encargo directo. El ejemplo de los países más adelantados que nosotros en estas cuestiones nos hace ver que el urbanismo, sin una legislación adecuada que haga posible la realización de los proyectos, sirve de poco, y así ocurre que desde que fué aprobado el Estatuto municipal nada consiguió hacerse



en este sentido, tropezando con grandes dificultades, de carácter económico, principalmente, ya que aquí sólo se ha pensado en los avales y de más combinaciones en torno a las arcas del Tesoro, sin llegarse a la aplicación de las contribuciones especiales, contra las que los ediles de todos los Municipios se han manifestado.

La división hasta el infinito de la propiedad del suelo dificulta el desarrollo del urbanismo, por lo cual existe ya un movimiento internacional en pro de la reforma de la propiedad agraria y de la territorial urbana en el sentido de Damaschke, tan íntimamente relacionada esta última con los palpitantes problemas de las viviendas de las clases modestas, imposibles de construir partiendo del injustificado valor actual de los terrenos en las ciudades.

No creemos, por lo anteriormente dicho, que el Concurso Internacional resuelva los problemas planteados en torno al crecimiento de Madrid y de los pueblos limítrofes; pero bastará con que fuese el origen de que se concediese en nuestro país a las cuestiones urbanísticas la importancia y la atención que merecen.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"
Ayuntamiento de Madrid

RIFA Rafe

Lamentamos tener que ocuparnos otra vez de Gecé el heraclida.

Este señor, que de seguir en el plan en que está va a convertirse en el «Silvela» de la intelectualidad española, se permite decir unas cuantas patochadas a NUEVA ESPAÑA. El hombre, resentido por sus continuos fracasos, se revuelve contra nosotros. Pero a nosotros, ¿qué culpa nos incumbe de que él haya tenido que vender *La Gaceta* porque nadie compraba sus números, y que traspasar «La Galería» (donde tantas reuniones burguesas se celebraron), y que ocultar su Cine Club en el Ritz, en espera de tenerlo que retirar muy pronto a cualquier rinconcillo de casa de Molinero, etcétera, etc.? Ninguna. Ninguna culpa. Y respecto a propinejas, sólo podemos afirmar lo siguiente: nosotros no hemos realizado jamás jiras «culturales» por Europa con dinero de ningún Centro oficial. Y menos en la época de la Dictadura.

□ □

Pero estos ataques de Gecé son más bien de *Heraldo de Madrid*.

El decrépito diario hispano-franco-catalán-tangerino de los conocidos negociantes de Barcelona Sres. Busquets, no pudiendo contestar a nuestro editorial del último número: «Cosas del vetusto *Heraldo*», ha tomado como mingo a Giménez Caballero para hostilizarnos.

Por cierto que la fotografía en que nos muestran a Gecé es divina.

Gecé aparece con «pose» y «tenue» que quiere ser mussolinesca y heraclida. Sin embargo, por la actitud y el atuendo, podría confundirse con cualquier chico del comercio dispuesto a pasar el domingo en Cercedilla.

□ □

Parece que con los petróleos que ahora se usan, marchan muy bien las estufas de algunos conocidos políticos y escritores.

Ya hablaremos de las estufas.

□ □

Cuando a un político le ocurre lo que le ocurrió a García Prieto el día 13 de septiembre de 1923 y aguanta mansamente lo que él aguantó durante seis años, lo menos que debe hacer al volver en sí es callar. Enmudecer y seguir durmiendo.

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

De lo contrario, hay que suponer que su epidermis es inasequible al rubor.

«Te juro, Manolo, por la salud de mis hijos, que no lo sabía.»

□ □

Ahora todos son amigos de Unamuno. Pero mientras él estaba en el destierro, viajaban con viático de la Dictadura.

□ □

Algunos dicen que han estado detenidos veinticuatro horas por sospechosos.

Pero no dicen que lloraban en la delegación, como pequeños Boabdiles de la poesía pura.

□ □

¡Homenajes a Unamuno!
Ellos, los apolíticos.
Ellos, los que se sentaron en la Asamblea.

SUSCRIBASE A "NUEVA ESPAÑA"

Ellos, los apologistas de Felipe II y de la contrarreforma.

Ellos, los «señoritos satisfechos».

¡Farsantes!

Esta no es la U. P. Es la doble U.

□ □

Algunas personas, sin duda bromistas o de intención aviesa, lanzaron el nombre de D. Pedro Sáinz Rodríguez como futuro ministro de Instrucción Pública. La especie, además de absurda, resultaba un poco cruel. Aparte de que, como todos sabemos, la capacidad intelectual del señor Sáinz Rodríguez es harto sucinta para el desempeño de un cargo tan elevado y difícil, los antecedentes políticos de dicho señor imposibilitarían siempre semejante designación.

El Sr. Sáinz Rodríguez, empezó siendo ossorista y demócrata. Luego, se pasó con armas y bagajes a la dictadura, pues no otra cosa significa aceptar el cargo de asambleísta. Hace poco se mostraba acérrimo partidario de Berenguer. Y pide a grandes voces la depuración de responsabilidades de la Dictadura y el retorno a la normalidad constitucional... ¡Triste cosa el prejuicio de los antecedentes políticos! Sin esta peregrina superstición, el Sr. Sáinz Rodríguez, en vez de aparecer como un logrero y un tráfuga, aparecería como lo que realmente es: como un evolucionista, o más bien como un eclético.

Ya hemos visto que el general Berenguer no había pensado en el Sr. Sáinz Rodríguez para ministro, ni para nada. Pero aunque así no hubiera sido la consecuencia sería la misma. La fina sensibilidad ética del antiguo asambleísta le impediría siempre aceptar la cartera.

Huelgan, pues, los comentarios maliciosos. Y sepan los zumbones que no es lícito traer y llevar de esa manera el nombre sin tacha de un político honorable.

□ □

EL MAURISMO SIN MAURAS

La zona pintoresca de nuestra política la ocupa actualmente el maurismo. La dinastía de los Maura se ha deshecho, como les sucede siempre a los partidos personales. Uno, desde la Asamblea, se ha marchado con el comediante Cambó; otro ha preferido hacer comedias para el Reina Victoria, y otro, el más simpático y el más sincero, se ha pasado a la República. Sólo le queda al maurismo un hijo político: el Sr. Goicoechea, honorable asambleísta de la dictadura.

En la política española estamos acostumbrados a estos fenómenos. El mauris sin Mauras, es como el jaimismo sin D. Jaime. Porque ahora resulta que ni D. Jaime es jaimista; es constitucional. Quizás el más constitucional de su familia.

Todo esto lo ha explicado D. Miguel Maura con una sola frase después del discurso de Goicoechea: es que el maurismo ha cambiado de sexo.

□ □

CIFRAS DEL PRESUPUESTO DE LA DICTADURA

	Pesetas
Gastos de «acción política y social» de carácter internacional	500.000
Vigilancia en el extranjero y gastos reservados.....	150.000
«Gratificaciones» del personal de Secretaría y Censura	127.000
Asamblea Nacional. Personal (además del antiguo presupuesto del Congreso y Senado).....	1.570.000
Material	820.827
Patrónato de Relaciones Culturales (?).....	500.000
Consejo Superior de Aeronáutica	183.000
Además, la Dirección General de Navegación y Transportes Aéreos.....	4.278.500
Patronato de Firms Especiales	10.000.000
Confederación Hidrológica del Ebro.....	15.000.000
Confederación Hidrológica del Duero.....	5.000.000
Confederación Hidrológica del Segura.....	1.124.000
Confederación Hidrológica del Guadalquivir.....	4.300.000
Las que se creen.....	800.000

El sepulcro de Don Quijote

por EMILIO PALOMO

Hace veinte años que Unamuno clamó, con su acento mesiánico, para que España, en cruzada ardiente y fanática, se lanzase a la busca del sepulcro de Don Quijote. Le dolía a Unamuno que el Ingenioso Hidalgo estuviese cautivo de bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos. Punzaba en sus entrañas el dolor de ver cómo la más alta representación del Bien y la Justicia producida por esta tierra yacía enterrada y custodiada por los caballeros de la razón, so pretexto de que aquél fué caballero de la locura. ¡Y qué locura! Tan sublime y tan alta, que la canalla de duqueses, marqueses, bachilleres y canónigos, incapaz de comprenderlo o medrosa de tomarla en serio, dió en decir que movía a risa.

Unamuno clamó por que fuéramos a nutrirnos de esencia de locura al sepulcro de Don Quijote; pero clamó en España, que es clamar en el desierto. «¿Quién oye aquí?», decía Figaro, angustiado. Nadie quiere saber dónde está ese sepulcro ideal de Don Quijote, y se contentan, y creen que le contentan a él—a él, que sintió afanes de correr toda la haz de la tierra para ser luz en ella—con subirle, petrificado y mudo, a un pedestal para que sea, como impudicamente se dijo, «prueba evidente del resurgimiento nacional, del vigoroso despertar de la raza».

* * *

¿Resurgimiento nacional? ¿Despertar de las energías de la raza? ¡Eterno y dichoso estribillo este del despertar de la raza, del resurgimiento nacional! No despierta una raza ni resurge una nación por la gárrula palabrería de sus voceros oficiales; despierta y resurge

cuando el trabajo, manantial de la fuerza creadora, y la Justicia, representación de la ley por todos establecida, son como dos líneas paralelas que cruzan el ámbito donde se vive; despierta y resurge un pueblo cuando no hay en él un brazo inactivo, ni un pensamiento que calle, ni una conciencia que esté en rebeldía. Entonces es cuando resurge y despierta una raza, porque, mientras el brazo construye y el pensamiento crea, la conciencia se sublima en el espectáculo de una vida fecunda y aplaciente.

* * *

España es un pueblo que han deshecho o que no han dejado que se haga estos cantores inconscientes. Que si el Cid... Que si en nuestros dominios no se ponía el sol... Que si el Gran Capitán... ¡Monsergas! El Cid no tiene más grandeza histórica que el momento de Santa Gadea; nuestros dominios no son ya nuestros ni dominios, y el Gran Capitán, en nuestra guerra de Africa, no hubiera sido grande sino en las cuentas. Que en eso sí que dejó herederos.

¿Qué esfuerzo ha realizado España para engrandecerse? ¿Qué sacrificio ha llevado a cabo para poder decir que ha resurgido? ¿Qué revolución ha hecho contra lo que la aplasta y la esteriliza? No es España lo que era en 1700, cuando, al morir Carlos II, el rey hechizado e imbecil, esté pobre país, ya desmembrado, se dolía de haber perdido Portugal, el Franco Condado, el Luxemburgo... No es la España de hoy la de 1700; pero tampoco es la España que cumple a 1930. ¿Falta de posibilidades? No. Cada vez que se piensa en lo que América pudo ser para España, cobra vida aquella realidad, que más bien parece fátula,

de las riquezas que a la península vinieron. «Cinco millones de kilogramos de oro y ciento cincuenta millones de kilogramos de plata trajimos de Méjico y el Perú.»

Han pasado siglos. España ha proclamado siempre—hasta en la época fernandina, en la que eran ministros Chamorro o Calomarde—que iba a su resurgimiento, y en la hora actual se encuentra con tres mil pueblos sin caminos, pocos menos sin agua potable, un tanto por ciento aterrador de analfabetos y una vida interior tan oscura y callada que en eso sí que se parece a las épocas pretéritas.

* * *

¡Pobre Don Quijote! Ahora te quieren hacer símbolo de este pueblo, en el que no quedan más que Sanchos. Pero no Sanchos como aquel tuyo que, a ratos, contagiado de tu fe única, se avenía a luchar tan sólo por el ideal. No. Sanchos groseros y desvergonzados, que mientras tú hablas a los humildes cabreros de los siglos de oro, ellos engullen bellotas y no dejan pasar el zaque. Sanchos de los que a poner el pensamiento y la mano en las acciones nobles y elevadas le llaman buscar pan de trastrogo, cantinela con que te iban a ti tus familiares. Tus familiares, que, como todos los familiares, son los que más batallan por quebrarnos las alas, abatir la fantasía y matar el espíritu.

Pero, afortunadamente, tu ejemplo nos enseña que «el triunfo no está tan sólo en vencer, sino en osar». Que esta osadía y este ánimo de luchas viva y re-viva; que él sea huracán que derribe la fortaleza que nos aplasta, y ése sí que será un homenaje a tu espíritu.

EL MEJOR MEDIO DE AYUDAR A "NUEVA ESPAÑA" ES SUSCRIBIRSE

Para suscribirse a NUEVA ESPAÑA basta con remitir una tarjeta a la Administración, Altamirano, 18, Madrid, y por Giro Postal, 4 u 8 pesetas para 12 ó 24 números, respectivamente

Todo simpatizante con NUEVA ESPAÑA debe remitirnos direcciones de posibles suscriptores

BIBLIOTECA MARVA

Volúmenes últimamente aparecidos

Las Corporaciones de Trabajo en el Estado moderno. 5 pts.
España y los orígenes de la Política Social. 3 pesetas.
El problema social de la Tierra. 1,50 pesetas.
Guía para el cumplimiento de los seguros sociales. 1,50 pts.
Organización científica del trabajo. 1,50 pesetas.

Pedidos a JUAN ORTIZ. Apartado núm. 999.—MADRID

VALLE INCLÁN, la política y la cárcel

por RAMÓN J. SENDER

Esta firmeza de Valle Inclán en lo moral y en lo físico está llena de alusiones al pasado. Por eso el contraste con su obra joven, actual, dislocada, sorprende más. ¿Cómo adivinar al autor de *Cara de plata* detrás de esa serenidad bíblica tan rectilínea, pura y sin malicia como las esculturas de las catedrales? A todos les sugiere Valle Inclán el pórtico de la Gloria, de Compostela. Pero esto sólo es posible mientras no se ríe. Su sonrisa lo humaniza y tal vez rebasa los límites, haciéndole caer en una picardía castiza de patio de mesón. La dificultad con que pronuncia la S pone un contrapeso de sencillez y de ingenuidad, merced al cual Valle Inclán llega antes a la sinceridad de sus interlocutores o, mejor, a la sinceridad de sus oyentes, porque antes de hacerse su amigo es esencial aprender a escuchar, y ya es sabido que hay una manera de escuchar sincera y otra falsa y mendaz. Su casa tiene algo de liceo francés, de embajada y de abadía. Los niños en libertad—pequeños aún, vivaces sociabilísimos—y las palabras de su mujer, siempre orientadas discretamente hacia el esposo y hacia el gran escritor, dan una impresión de tibieza hogareña sencilla y acogedora. Un buen gusto generoso lo preside todo.

Valle Inclán, durante la Dictadura, estuvo en la cárcel. Su prestancia de gran señor, corroborada por el palacete herreiriano donde vive, junto a la Castellana, debió dejar en las piedras de la prisión una añoranza de blasones. Era entonces cuando nos decían los quincenarios, los rateros, con orgullo:

—¡No, si aquí viene muy buena gente! La Dictadura fue reincidente: lo encarceló dos veces. En el caso de Valle Inclán será, pues, imposible absolverla. Don Ramón lo cuenta con una despreocupación jovial, en la cual hay cierta satisfacción de ciudadanía. Se entrevistó también el convencimiento—muy justo—de que su detención hizo más daño al dictador que a la víctima:

—Los corresponsales extranjeros no podían creer que tuviéramos que hablar entre rejas.

¿Cómo fué? En la primavera del año pasado un buen día despertó Valle Inclán bajo el signo de Martínez Anido. A primera hora de la mañana—la Dictadura era madrugadora—aparecieron en casa del escritor dos agentes. Valle Inclán se levanta tarde; no está dispuesto a alterar sus costumbres, y los policías decidieron resignarse y esperar vigilando el portal. No había que volver a la «cosqui» sin el «burnó»—el «burnó» era el autor de *Farsa y licencia de la reina castiza*—. Hacia el medio día vuelven. El escritor ha descansado, podría levantarse; pero no quiere. La grosería con que se le plantea de nuevo la cuestión, le irrita más. ¿En nombre de qué derecho van a molestarle? Su indignación es terriblemente serena. Las barbas blancas subrayan esa frialdad hasta la arqueología. Se niega a levantarse, aunque está a medio vestir ya. Insisten los otros. «Penelan» que se les quiere burlar, y no van a con-

sentir que se tome a chufia a los funcionarios de la ley—¿de qué ley?—. El escritor dice que sólo por la fuerza podrán conseguir su objeto. Los agentes vacilan, se consultan con la mirada. Por fin recurren a la fuerza: le ponen las botas. Entonces Valle Inclán, limpia ya de ex-crúpulos la conciencia, se acaba de vestir y es conducido a la Dirección general de Seguridad, las «veintisiete letras», como se dice en germanía.

Fueron tres días de cárcel en celda de pago. Soledad, estrépito de cerrojos en la puerta blindada, toques de corneta. Grafitos en las paredes. «Me cogieron con el «consumao» encima. Y eso que me crié a los pechos del mismo Blanquet.» Debajo, una pantorrilla de mujer, bastante bien dibujada, y un letrero: «Mal furcazo para el oficial de mesa.» Lo pusieron en libertad como lo habían detenido: sin saber por qué. Durante las Dictaduras es natural que nunca se sepa por qué.

La segunda vez, aunque tampoco pudo averiguar las razones, hay indicios vehementes.

Ahora se trataba de algo más grave, según el escritor. El poeta de las *Sonatas* se inclina apasionadamente hacia una conjetura. Un gesto enérgico del brazo resuelve la duda de un instante:

—Era más serio que la vez anterior. Los agentes llevaban intenciones siniestras. Si hubiera sido un obrero, un desconocido, sólo Dios sabe lo que ocurre—y añade con satisfacción que no es jactancia, sino conciencia de lo útil que a veces resulta ser popular—. Pero a mí no se me escamotea fácilmente.

Las diez de la noche en abril aun indeciso. Valle Inclán iba Castellana arriba con Juan Echevarría, el pintor. Despacio, haciendo frecuentes paradas. Valle Inclán pasea mucho y prefiere en verano la Castellana, Rosales, La Moncloa, los sitios donde la ciudad no deforma demasiado la luz campestre plana y ancha. Su obra, densa de amor al campo, repite a menudo el tema anticortesano. Va eso muy bien con su feroz independencia y con su naturaleza refractaria e hiriente, y no ha sido obstáculo para que se le incorporara ya hace tiempo a la entraña social madrileña, nada rencorosa. Ya cerca del Hipódromo, se desviaron por Diego de León. Desmontes, solares; a la izquierda, la calle aristocrática donde vive el escritor, y enfrente, algo apartada, la casa de Echevarría. Al separarse, los agentes, que acechaban, cayeron sobre Valle Inclán.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

Volvió a quedar a solas en la celda. Ocho días permaneció allí, hasta que lo llevaron a «políticos». Estas celdas de pago son celdas comunes con doble espacio. La suciedad, la miseria, la desolación de aquellas multiplicadas por dos. Un poco más de ventilación y, en lugar del saco de paja, un colchón de panoja y otro de borra. A la cabecera de la cama el evaporatorio sin agua y sin tapa, por donde afluyen de noche las ra-

tas de cloaca. Don Ramón, enfermo del estómago, recibía a las once de la mañana la comida para todo el día. Los cuidados de su esposa no bastaban para evitar que hiciera las dos comidas en frío, por la espera en el «centro», las pesquisas de los oficiales, destapando termos y flambreras. Dentro de una tortilla cabe una lima y en un plato de macarrones puede ir una cuerda. No hay más que recordar el *Rocambolet*. Don Ramón echaba en falta más que nunca su manquedad. Con una sola mano no podía hacerse té ni café. Demostró que padecía hematuria—le asistía el doctor Pascual—; pero debía seguir en la cárcel. La Dictadura tenía sus razones. Conoció en el patio, a donde salía a toque de corneta, la población penal.

—Hay allí—dice Valle Inclán—jerarquías como en la llamada sociedad libre. La más poderosa la forman los estafadores. Suelen estar poco tiempo: los visitan sus abogados, depositan fianza y son puestos en libertad. La segunda, los reos de sangre. Pasean por los patios como toreros por la calle de Sevilla. En tercer lugar, los presos políticos. Después los quincenarios y, finalmente, los presos por delitos sociales.

Don Ramón, después de una pausa, añade:

—Entre estos últimos, se encuentra lo mejor de cada familia. Honradez, inteligencia, dignidad, cultura. Socialistas, co-

munistas, sindicalistas; las pocas grandes individualidades que quedan en España. Casi todos están en la quinta galería, la peor, la más malsana. Se les obliga a salir al patio que se abre hacia el Guadarrama. Un catarro es en esas condiciones el principio seguro e infalible de la tuberculosis. Los que salen, quedan ya aniquilados para siempre. Había quien llevaba ocho meses en blanca (1).

La sugestión de la cárcel es para todo español en estos tiempos la de un deber cumplido o por cumplir. El reverso del servicio militar: un servicio «cívico» obligatorio. Para los extranjeros que están de paso en España y que no vienen convidados por el Patronato de Turismo a abrir la boca—¡oh, ah!—en el generalife o en lo alto de la Giralda, sino a estudiar y penetrar la medula española por caminos más veraces, la cárcel es un cepto alevoso.

—Había en mi galería—dice Valle Inclán—un médico rumano, ajeno por completo a la política. Pensaron que un médico rumano, por su profesión y por su nacionalidad, sólo podía haber venido a España a matar a la reina de Rumania, y mientras ella estuvo aquí, lo tuvieron preso.

También estaba en la cárcel el librero señor Vila.

(1) Cadena al pie, que impide andar más de dos o tres pasos en cualquier dirección.

—Al detenerlo—añade D. Ramón—, se encontraban con él dos clientes: el señor Rubio, que buscaba bibliografía sobre la alquimia y el señor Botella, un alicantino amigo suyo. Lo de la alquimia debió parecerles misterioso—¿pacto con el diablo?—y los tres fueron encarcelados.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

Al pasar a «políticos», la cosa varió. Más libertad, convivencia con una falange joven y culta—72 detenidos—y más facilidades para comunicar con el exterior. Las visitas, numerosísimas ya, aumentaron. Con verdadera fruición, Valle Inclán añade:

—Gentes de todas clases: vendedores callejeros, escritores, periodistas. Desde los amigos circunstanciales que nos ofrecen periódicos en la acera, hasta las figuras más representativas de la aristocracia, de las ideas.

Se podría destruir con la popularidad de Valle Inclán el tópico de la indiferencia española por la cultura, por el arte. Pero volvamos, lector, a la cárcel, si no lo tienes a mal. En veinticuatro horas fueron puestos en libertad todos los presos gubernativos.

Poco después quiso ir D. Ramón a Francia, a la consulta del doctor Leguet. Sentía recrudescida su enfermedad. El director de Seguridad le negó el pasaporte. No bastaba la evidencia de la enfermedad para justificar el viaje. La hematuria permite conspirar, difamar a las Dictaduras. La hematuria es sospechosa para el régimen.

—Yo me fui, naturalmente, sin pasaporte. Nadie me molestó.

Valle Inclán se divierte con estas travesuras de niño grande, de niño bien barbado. Recordándolas, ríe a carcajadas. Después se pone serio a duras penas para tratar, más en general, de política.

Su actitud ante este beatífico desbordamiento de promesas que ha sucedido a la Dictadura es la de siempre. Ve la política española atendiendo al truco oculto y no al prestidigitador. Es el espectador político de más agudeza y de más mala fe.

Como en sus libros. Atiende a sus personajes muy por encima de ellos. No es su «fiel declamador» como en el romanticismo ni su confidente como en el realismo y en la novela psicológica, sino su destino obscuro y fatal arbitrario y todopoderoso. Eso de sentirse el autor superior a sus personajes ya ha dicho que es un signo especial del arte hispánico y se puede comprobar efectivamente en los clásicos. Duele la risa sin dientes, descreída y altiva, de Cervantes a lo largo del *Quijote*. Más sano es el regocijo de Quevedo con sus pícaros, compensado por páginas de negra angustia metafísica. Valle Inclán ve en la política con la misma sagacidad que en las pasiones de sus personajes. Una alta picardía con valor literario estilizada ya y sobre la cual

«poetiza» despiadadamente. La Dictadura ha sido para él *La hija del capitán*, novela muy conocida, que circuló profusamente desde que fué recogida por la Dirección de Seguridad. De este nuevo período político trazaría otro esquema ferocemente certero. No lo hará, y si lo pierden las letras, lo gana, en cambio, la paz de los espíritus.

—Berenguer—dice—, animado de los mejores deseos, no cuenta con colaboradores en el ejército, y los elementos cíviles que quieren colaborar con él son demasiado sospechosos. Mientras va orientándose, cosa que no conseguirá, repite que sólo se propone facilitar la restauración de la legalidad. Pero, ¿cómo? Sin libertad no se puede hacer nada y con ella el régimen no dura una semana. Entre tanto, se han ido borrando pequeñas fronteras. Colegio de Abogados, Academia de Jurisprudencia, Ateneo. Creo que no ha hecho bien la junta repuesta volviendo al Ateneo, que que antes fuera destituida desde la *Gaceta*, lo mismo que fué creada, la directiva anterior.

Con un gesto descreído de estar en el secreto, añade:

—Nos sabemos nuestros clásicos.

—¿Cuándo irá usted por allí?

—Cuando quede elegida la nueva directiva, porque la actual estaba dimitida cuando vino el directorio.

Don Ramón está tumbado en una cama turca. Habla con la abundancia y la precisión de siempre. Para todo tiene sus hechos registrados que desnaturalizan la verdad aparente. Sería inútil intentar repetir cuanto nos dijo. Causa asombro la información política que en todo momento posee Valle Inclán. Los reporteros encontrarían en él pistas y orientaciones estupendas. Señala con datos fidedignos un plazo muy corto a este ministerio. ¿Después? El porvenir no es para Valle Inclán un secreto. Posee el destino de los políticos españoles, como el de sus tipos novelescos, engranado en menudos episodios de media noche.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

La manta que le cubre hasta la cintura cae, se arruga, se dobla, cada vez que en la animación de la charla se incorpora. Tiembla sobre el pecho la barba blanca. Continúa enhebrando en la penumbra del cuarto posibilidades y augurios. Habla, habla sin cesar. Lo retiene en cama una faringitis (Nos ha dicho que es crónica y no vacilarán en creerlo todos sus amigos.) Afortunadamente es de poca importancia. Esas pequeñas contradicciones, de las cuales está lleno Valle Inclán, según el común criterio, no sorprenden a nadie. Ya hace siglos—desde el prólogo de la *Celestina* y antes aún, desde *Hércules*—estamos de acuerdo en que nada se crea ni prospera sin contradicción y lucha. Todas las contradicciones que se pueden ir anotando ante el autor de *Los cuernos de don Friolera* se resuelven ahora y siempre en una afirmación biológica incontestable de gran poeta.



El año político en Inglaterra

CARTA DE LONDRES

por RENÉ DE DENEY

SALDO EN CONTRA

El «inglés medio» ha presenciado con un alivio no exento de amargura los últimos momentos de 1929. Fue para él un año lleno de desengaños. Las doradas promesas de los candidatos en las elecciones, juntamente con la benevolencia—más desinteresada—de un verano excepcionalmente largo, le habían infundido un gozoso optimismo, que los acontecimientos ulteriores y una sucesión no menos extraordinaria de semanas lluviosas se encargaron de disipar cumplidamente. Bien muerto estaba, pues, el año 1929.

* * *

Después de ocupar el Gobierno durante cinco años, y a pesar de disponer de una mayoría de 185 representantes sobre todos los demás partidos juntos en el Parlamento, los conservadores habían perdido, al empezar 1929, todo contacto con el país, y su única preocupación parecía ser la de prevenir la inevitable llegada de los socialistas al Poder por medio de un presupuesto en constante aumento para fines sociales.

Tras haber gastado 50 millones de libras esterlinas en mantener a los desocupados, ese gran problema continuaba sin resolver, y más de un millón de hombres iba pasando lentamente de la categoría de los «desocupados accidentales» a la de «desocupados permanentes». Las amables promesas de Baldwin, asegurando que el comercio británico iba mejorando paulatinamente y que la asimilación de ese millón de obreros sin trabajo era tan sólo una cuestión de tiempo, sólo servían para poner aún más de relieve la espantosa insuficiencia de los esfuerzos del Gobierno para hacer frente a una situación sin precedente en la historia del país.

* * *

No menos desafortunadas fueron las actitudes del Gobierno conservador frente a los Estados Unidos. Porfiado unas veces y otras dócil en sus relaciones con la Casa Blanca, consiguió crear en Norteamérica un sentimiento general de desprecio y de recelo ante sus promesas de cooperación y de amistad, que parecieron inspiradas menos por el deseo de infundir un nuevo espíritu de confianza y sinceridad en las relaciones internacionales que por el temor creciente a un rival formidable.

Los ingleses, en general, sienten una franca antipatía por sus acreedores norteamericanos. Su orgullo les prohíbe todo llamamiento a la generosidad transatlántica; pero las condiciones de usura impuestas y mantenidas por los Estados Unidos para el pago de las deudas de guerra parecen a los ingleses indignas de una nación que pregona a la vez, paradójicamente, un amplio idealismo. Sospechan también que Norteamérica intenta lograr un dominio virtual de los mares al menor coste posible, por medio de reducciones continuas impuestas a la

potencia naval de sus rivales, y esto contribuye a su vez a que perdure aquella antipatía.

* * *

La falacia que consiste en considerar a los pueblos de la India como una nación homogénea, ligada por ideales parejos y dispuesta a laborar por el bien común, en vez de como son en realidad: una mezcla de costumbres y credos en continuo conflicto y un vivero de intolerancia y de prejuicios, ha terminado por crear una situación que ha llegado a ser francamente amenazadora.

Una capitulación constante ante toda amenaza, por infundada que sea; la sustitución de los funcionarios europeos por indios en su mayor parte sin competencia, en todos los servicios administrativos; la suposición errónea de que en cada fakir vehemente hay un caudillo nacionalista, a quien es preciso lisonjear y consultar; todo ello ha determinado una situación que sólo parece ofrecer dos alternativas: el estatuto de dominio autónomo o la independencia total. Pero es muy posible que aquel estatuto no consiguiera satisfacer al Nehru, a Gandhi ni a sus secuaces, a quienes sus éxitos de intimidación frente al «dominador» inglés han hecho perder la noción exacta de las cosas.

* * *

Todo esto, con el callejón sin salida a que había llegado entonces en París la cuestión de las reparaciones y la situación no mucho más tranquilizadora en Egipto, formaba el panorama de la política inglesa cuando el soñoliento Gobierno conservador empezó a desesperarse y a preparar aquella «irritante necesidad democrática» que suponían para él unas elecciones parlamentarias.

La actitud adoptada por cada uno de los tres adversarios en presencia fué característica. El «brujo galés», que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar con ejecutar ante las gentes alguna demostración convincente de brujería o prestidigitación, se lanzó en campaña con un verdadero *tour de force* de alta fantasía. Publicó su folleto «Cómo yo resolvería el problema del paro», en el cual exponía, con todo lujo de atractivos cifras, de qué modos se valdría para reducir dicho problema a su nivel normal en un solo año, sin gastar un penique del dinero de los contribuyentes.

Todo evangelio, por atractivo que sea, necesita sus apóstoles, y Lloyd George, buceando en las arcaicas misteriosas de su famoso «Fondo Personal», logró improvisar un ejército imponente de 512 candidatos, frente a los 590 conservadores y a los 570 socialistas. Para un partido que sólo contaba 46 representantes en un Parlamento de 615 diputados, supone un magnífico esfuerzo.

El bueno de Mr. Baldwin no había de dejarse intimidar por esos métodos de relumbrón. Lógico en todos sus actos, resolvió que lo más seguro para un Go-

bierno que había hecho tan poco era no prometer nada. Fumando tranquilamente su famosa pipa, a modo de grito de guerra, murmuró un plácido consejo: «primero, la seguridad», con el cual quería dar a entender que el «tío Stanley» constituía el único baluarte que aún quedaba para la hermosa Inglaterra ante la invasión de la anarquía con que la amenazaban los socialistas.

Por su parte, con deliberada moderación en sus ofrecimientos, pero con una convicción firme, que había de parecer consoladora a unos electores fatigados y vacilantes—acosados, de un lado, por la gimnástica retórica de Lloyd George, y de otro, requeridos para manifestar una fe simplista e infantil en Baldwin—, sólo MacDonald, de los tres caudillos, aparecía como el hombre a quien podía confiarse la tarea de coordinar los recursos nacionales en un esfuerzo destinado a restablecer la confianza del país en sus propios destinos, dentro y fuera de sus fronteras.

* * *

Inglaterra es un país conservador. No es fácil acabar en un solo día con tradiciones multiseculares, y el mandato de la nación no se expresó de manera decisiva en el resultado de las elecciones. Los socialistas, que habían luchado denodadamente para lograr una mayoría absoluta, consiguieron volver al nuevo Parlamento con 287 puestos, o sea el partido de mayor representación; pero los conservadores conservaban 260 diputados, y Lloyd George obtuvo—no sin considerables gastos personales—un reducido grupo de 59. Mr. MacDonald tomó las riendas del Gobierno; pero el látigo pasó a manos del caprichoso galés y sus chasquidos resuenan a cada paso en los oídos del primer ministro laborista.

Una marcada aversión a tentar la providencia con un nuevo llamamiento al país y la apreciación por parte del Gobierno de las posibilidades que encierra la situación así creada, han mantenido hasta ahora cierta estabilidad artificial. El «brujo galés» ha tenido hasta la fecha a bien mostrarse indulgente. ¿Por cuánto tiempo aún?

* * *

El nuevo Gabinete comenzó su labor dando muestras sorprendentes de actividad. MacDonald, despreciando el auto y el expés como medios de locomoción, se convirtió en aviador entusiasta, celebró una conversación apresurada, pero aparentemente venturosa en sus resultados, con el general Dawes, sobre la cuestión de las reducciones en los armamentos navales, y tomó el barco para los Estados Unidos.

Mister Thomas, el nuevo «ministro del Paro», se detuvo el tiempo suficiente para reunir unas muestras de carbón británico y emprendió un viaje al Canadá, decidido a resolver el problema del paro forzoso, bien sea por medio de la emigración en masa a aquel Dominio, bien induciendo a los canadienses a comprar

LA LIBERTAD INMOVIL

por

BENJAMÍN JARNÉS

I

A veces, el hombre libre choca rotundamente con el hombre progresivo. Hay libertad de retroceso, libertad para el mal, y no han faltado teólogos que preguntasen si también Dios podría cometer un crimen.

Una costumbre puede romperse o defenderse en nombre de la misma libertad. Se es libre para salir del error; pero también para mantenerse en él. Esto lo tiene muy en cuenta el obstinado, el coleccionista. «Para continuar una tradición—dice—también hace falta libertad. Soy libre. Decido, por tanto, no moverme.»

Es el argumento del holgazán inteligente, porque el holgazán inteligente suele trabajar al menos una vez: cuando le urge defender su propia holgazanería.

«El espíritu de progreso no es siempre un espíritu de libertad, porque puede querer imponer el progreso a gentes que no se preocupen de él», escribía Stuart Mill. O se preocupen; pero no se deciden a colaborar en él, como suele ocurrir entre nosotros, porque es ya corriente esperar a que la revolución pase por debajo de la ventana para saludarla tímidamente con el pañuelo. Muchas gentes advierten la dificultad de continuar por sí mismos la Historia, y prefieren esperar a verla rebullir y avanzar a paso de parada, subida a lomos de la *Gaceta*.

Pero una Historia así está condenada al estado cataléptico o a una larga sucesión de despotismos. A la costumbre parálitica o a la movediza arbitrariedad.

Ante los dos peligros debe meditar el escritor. Y el político, si uno y otro no son la misma cosa, y dudo que hoy no lo deban ser, al menos, cuando el momento nacional lo exija. Frente a la petrificación como frente a la veleidad despótica—forma también del no avanzar—, deben la inteligencia y el civismo apretar sus filas. (Civismo, igual a carácter. Civismo eficaz, igual a carácter enérgico, el único aprovechable.)

II

Esto que pudiéramos llamar «voluntad de permanecer» o «libertad para no avanzar», constituye un poderoso enemigo, por su número y por su inmejorable campo atrincherado. Como su reposada holgazanería puede confundirse con el orden, resulta un ejército permanente, de mansa ocupación, imposible de eliminar. Sus soldados se contemplan

unos a otros, se copian las ideas y el traje, evitan escrupulosamente toda originalidad, bruñen los emblemas ancestrales de su viejo uniforme, silban al hombre entrometido que se atreva a discrepar, oponen un frente hermético—que a veces, como en China, dura muchos siglos—, se aferran a su estado de momia, que se ve reeditado a sí mismo...

Y todo muy libremente.

Por eso no hay que atribuir a la tornasolada palabra «libertad» las máximas excelencias. Con una amplia libertad se puede continuar inmóvil. La libertad es necesaria; pero no es la sola cosa necesaria. La sola cosa necesaria es el poder espiritual de remover al hombre libre, de invitarle a hacer fecunda su misma libertad.

III

El hombre libre puede ir hacia atrás, como el tradicionalista—no confundirlo con el amante de la tradición, que gusta de volver hacia atrás la cabeza sin perder el ritmo del tiempo—; puede ir hacia adelante y puede quedarse parado: este es el caso más frecuente, por ser el de postura más cómoda, por el que, aparentemente, se mantiene la sociedad.

Decimos «aparentemente», ya que ninguna sociedad puede resignarse a vivir inalterable. El orden es otra cosa. Para ordenar bien algo es preciso haberlo removido—reevolucionado—antes mucho. Y para removerlo bien es preciso haberse previamente sumergido en todas sus posibilidades de evolución. En tal sentido, sólo podrá verdaderamente llamarse hombre libre el hombre capaz de encadenarse a todo—como el ilusionista de la feria—para mejor, y auténticamente, desembarazarse de todo. En política, en arte, en filosofía. Sólo podrá llamarse auténtico hombre libre quien se deje arrastrar por todo y—como el buen torero—sepa escamotear a tiempo su propio individualidad.

El hombre inmóvil no se deja encadenar por nada. Es libre en el desierto. No transcurre, como el tiempo. Lo ve transcurrir, como un guardacantón. Es un poste con libertad para asistir al paso de los trenes.

Pero de estos postes hay selvas enteras en el mundo; sobre todo, en el mundo político; sobre todo, en el mundo político español.

¡El hacha contra el hombre que no transcurre! ¡Contra la libertad inmóvil!

más carbón inglés, o por ambos métodos.

Mister Snowden dió en La Haya pruebas patrióticas, aunque poco corteses, de inflexibilidad, y, por haber ahorrado a sus compatriotas unos cuantos millones de libras, se vió transformado en héroe nacional.

Mientras tanto, y pese a todas esas maniobras tan interesantes, «el inglés medio» sigue agarrado obstinadamente a su idea fija: la de que es preciso hallar una solución al problema del paro forzoso.

De regreso de su viaje desalentador al

Canadá. Mr. Thomas ha estado trabajando febrilmente; mas sin ningún resultado. Semana tras semana, el número de desocupados ha ido en aumento, hasta el punto de haber podido decir Mr. Baldwin que todos los proyectos planeados para resolver ese magno problema tan sólo podían proporcionar trabajo a una tercera parte de los obreros que habían perdido su empleo desde las elecciones.

La crisis hullera, resultado de la averción mostrada por el Gobierno a cumplir su promesa electoral de establecer la jornada de trabajo de siete horas en las minas y las crecientes dificultades que han surgido en las industrias del algo-

dón y de la lana, agravan una situación que va camino de hacerse insoluble, como no se le haga frente muy pronto con valor y un poco de imaginación.

Ya en el año que acaba de empezar el número de obreros parados ha alcanzado el millón y medio, y los factores políticos están trabajando activamente para preparar una crisis en la primavera próxima.

Puede decirse que el socialismo, en cuanto partido y en cuanto método de gobierno, ha de vencer o de fracasar en esta prueba, según su capacidad para resolver el problema del paro forzoso.

(Trad. O. P.)

El cinema en Rusia

por JOSE DE LA FUENTE

Plan quincenal

El cinema ruso es eminentemente educativo. Antes de estar en manos del Estado, durante la revolución y la guerra civil, se trataba de rescatarlo de los mercaderes particulares, por considerarlo solamente como industria. Cuando se logró aquel objetivo, se le agregó al Comisariado de Economía. Fué en el momento de elegir argumentos de producción cuando se dieron cuenta de su parte educativa, al tener que contrarrestar la propaganda militarista y patriota que se hacía con las films producidas por Empresas capitalistas, y entonces dieron preponderancia sobre él al Comisariado de Instrucción Pública.

La primera película postrevolucionaria producida por el Estado fué hecha sobre un escenario de Lounatcharsky, comisario de Instrucción Pública que fué hasta octubre del pasado año. A pesar de sus innumerables defectos técnicos, marcó el camino propagandista a seguir por los posteriores realizadores.

Pronto de la película espectacular de propaganda se pasó a las meramente educativas, que ganaron rápidamente el terreno a aquéllas.

Se producen muchos millones de me-

tros de films en la U. R. S. S.; pero de ellos sólo una ínfima parte están destinados a películas generales de espectáculo, en comparación a las producidas especialmente con destino al campo, las documentales (1.800 a 2.000 metros cada una), etnográficas, de vulgarización científica (1.000 metros), destinadas exclusivamente a niños (600 a 700 metros), crónicas de actualidades (1) (300 a 400 metros), etc., de lo que se desprende la mayor importancia concedida al lado educativo.

En Rusia se trata de educar rápidamente al pueblo. El cinema allí no es más que un complemento de la escuela, la radio, el Club, del mismo teatro, también educador.

Hay que tener en cuenta para justificar esta lucha desesperada contra la ignorancia que en 1928 sólo sabían leer un 63,5 por 100 de la población (antes de la guerra había un 77 por 100 de analfabetos), y se trata de lograr que este 63,5 por 100 ascienda a 86,5 en 1933. Si se fija uno en el número grandioso de habitantes (125 millones) de este gran país y su escasa población relativa, se reconocerán las enormes dificultades con que tienen que luchar para el logro de sus fines. Hay que considerar

(1) El diario filmado *Makhovik* se comenzó en 1924, especialmente destinado a clubs obreros y teatros ambulantes.

también que esta tarea no es más que un punto en el plan quinquenal de educación.

La facilidad de montar cinemas ambulantes que puedan desplazarse con rapidez lo pone en envidiables condiciones con respecto a las escuelas y maestros, que no pueden gozar de esas ventajas.

Además, su primacía depende también de una mayor facilidad de comprensión, introducidas las explicaciones por los ojos, en lugar de hacerlo por los oídos.

No tiene nada de particular, pues, que cristalicen sus deseos de avance en números que a nosotros, acostumbrados a nuestra pigmea producción, nos han de parecer absurdos.

En 1928-29 había en Rusia 8.581 cinemas, con 312 millones de espectadores. En 1932-33 funcionarán 50.000—de los cuales 14.000 serán escolares—y contarán con 1.500 millones de espectadores al año. El 80 por 100 de los Clubs poseerán cinematógrafo. En cada distrito funcionarán tres cines, y la producción de bandas se elevará de 125 millones de metros en 1928 a 150 millones en 1933.

No se crea que sólo es teoría. La práctica ha comprobado que durante el primer ejercicio 1929-30 los resultados han superado a la labor marcada a hacer durante el mismo: sólo el número de pantallas, que era, en 1928, de 12.000, ha ascendido a 23.000 en 1930.

LA REVISTA NUEVA

En el Noroeste, de Gijón, publicó Castrovido este artículo. Lo reproducimos, no tanto por lo que elogia a NUEVA ESPAÑA, sino por la actitud comprensiva del viejo luchador para con la juventud. Así como no es fácil ser auténticamente joven, tampoco resulta sencillo sentir la ancianidad sin egolatría. Dejar paso a la juventud no es una claudicación: es un deber. Sobre todo en la España del escalafón y de la antigüedad.

«Ha empezado a publicarse NUEVA ESPAÑA. La saludo agitando el sombrero. NUEVA ESPAÑA es hija de España y sobrina de Europa. Tiene rancio abolengo: Nueva Era, Vida Nueva y, en lo remoto, Las Novedades, del insigne Angel Fernández de los Ríos. Hace unos meses no más, antes del 1 de marzo del año pasado, NUEVA ESPAÑA habría sido recibida con indiferencia. Sería—se habría pensado—un escaparate de vanidades. Desde marzo aprendimos que hay juventud en España y que los jóvenes son, por su abnegación, por su idealidad, por su espíritu de rebeldía, muy superiores a los hombres de generaciones anteriores. Los estudiantes en Madrid, en Valladolid, en Salamanca, en Murcia, en Santiago, en Oviedo principalmente, algo en Barcelona y en Valencia, nada en Zaragoza, realizaron lo único serio y viril que, aparte actitudes personales (Ortega y Gasset, Unamuno, Sánchez Guerra, Carlos Esplá, los que han tenido el honor—y han sido muchos—de pasar por cárceles y prisiones—, se ha realizado durante estos años.

En la madrugada del 31 salió de la cárcel la bandada juvenil, la muchachada: eran más de ochenta. Estuvieron incomunicados desde el día 21 los que más, desde el 28 los menos. Al salir vitorearon algunos al duque de Alba. El duque puede emular su gloria a la gloria de Alvareda, el ministro de Fomento liberal que anuló las miserables tropelías del clerical Orovio, restituyendo en

su cátedra a D. Miguel de Unamuno y volviendo a las suyas a cinco catedráticos que, por dignidad, renunciaron a seguir explicando bajo la autoridad de un grotesco patronato.

He traído a colación las gestas de la juventud escolar, sol de España, gloria de la Universidad, esperanza de la justicia, como antecedente o preámbulo a un artículo de Jiménez de Asúa que en NUEVA ESPAÑA he leído.

El Sr. Jiménez de Asúa ha estado preso, fué confinado a un islote africano, se le ha sometido a expediente, es uno de los que con el buen socialista Fernando de los Ríos, Sánchez Román, Pepe Ortega y un profesor de Salamanca han renunciado la cátedra. Puede hablar con dos autoridades: la de su ciencia y la de su ejemplo, el Sr. Jiménez de Asúa.

Repite en NUEVA ESPAÑA conceptos que la Historia consigna contra los santones, por Olózaga contra Argüelles, por Prim contra Espartero, por Rivero contra Mendizábal, por Ruiz Zorrilla contra Olózaga.

Los jóvenes en 1854, Pi y Margall, Figueras, Castellar, Salmerón, Garrido, Benot, Sala, se lanzaron contra los progresistas de 1848, y en 1873, contra las grandes cumbres de la República, se levantaron en armas los jóvenes cantonales e intransigentes.

¿Cómo se alzarón Blasco Ibáñez, Lerroux, Sol y Ortega, Vallés y Ribot con el caudillaje republicano? Volviendo la espalda a los prestigios aureolados por las canas de Guerrero, Felfu, Ruiz Zorrilla, Salmerón, Pi y Margall. Los unos por no saber restaurar la República y los otros por no poder imponerla, han fracasado. Bien. ¿Y qué hace esa juventud que no hace pedestal de los viejos?

Ningún viejo sueña con ser eterno ni con rejuvenecerse, y si tiene esas ilusiones, ¡pobre de él! La juventud ha de confiar en sí misma y desconfiar de los demás. Ha de ser injusta, no ha de respetar historias y ha de ser iconoclasta para con las estatuas de carne vivas y las muertas de tronco y de mármol. Venga. Ya tarda.

Roberto Castrovido.»

Reseña teatral

El Monje, la Linda y los catetos

Yo, la verdad, fui con mucho miedo al poema que nos brindaba Marquina con su *Monje blanco*. Temía, y no sin motivo, que el monje fuese uno de esos eclesiásticos a quienes, por debajo del halda, se les ven los brodequines y el pantalón de paisano.

También temí, y en esto no me equivoqué absolutamente nada, que la blancura del personaje y la sensibilidad climatológica que suelen tener algunos de sus congéneres—los monjes que se venden en las tiendas de aparatos de física—hiciesen, transmitiéndole su condición, del protagonista de Marquina un monje-barómetro. Un augur, señalador (y quizá causa) de meteoros desagradables. La gran capucha y la materia acartonada que forman el cuerpo del poético sujeto, me dieron la impresión ideal del mencionado artilugio. Además, ya recordarán ustedes que, a raíz del estreno de la obra de don Eduardo nevó en toda la Península. Y ¿por qué ha de ser siempre el elemento atmosférico el que influya sobre los barómetros y no los barómetros los que influyan sobre el elemento atmosférico? No lo creo. Sin embargo, ya bien documentado y después de haber visto y, lo que es más grave, oído la obra, me atrevo a asegurar al lector que no ha sido ella la que concitó sobre nuestra querida patria el temporal de nieve. La superestructura de *El monje blanco* no lo es de metal atractivo ni repulsor de fuerzas y electricidades, sino pasta inocua de dulce. Leche. Azúcar en molde y nata acuajaringada con un poco de canela y cabello de ángel.

Sabíamos de antemano que Eduardo Marquina, que empezó siendo un eglógico, se hizo luego un épico y después un cívico. ¿Por qué no había de resultarnos ahora un confitérico? El autor de *En Flandes se ha puesto el sol* ha pasado por todos los modos y trances de la verificación y sus patrones; desde la inocente letra del cantar vendimial hasta las militares estrofas del himno. Poeta monárquico, gran patriota y disciplinado funcionario administrativo, no pudo desoír en cierta ocasión el mayestático consejo de que compusiese unos versos que *pegasen bien* y que fueran cantables al compás gallardo de una marcha. No desoyó el consejo, y obró perfectamente. (Y conste que esta opinión de que obró perfectamente no es sólo mía. El otro poeta «en tablas» de nuestra época, el señor Fernández Ardavín, la mantiene y hace suya.) ¡Dolorosa impresión la que un crítico agudo y veraz como soy yo, saca de una obra tan mestiza y casi siempre enripiada como *El monje blanco*!

Porque no puedo menos de recordar... Recordar a un poeta Marquina de ele-

por DONGO

gante verbo, cálida imagen y emoción, ¡sin elocuencia!, de onda sutil. ¿Qué se hizo de aquel poeta? Si no murió, puesto que aún se oyen de vez en cuando sus claros acentos entre chirridos de tramoya, se encuentra seguramente muy enfermo.

Acogotado por actores, taquilleros, público beocio y críticos apacibles. Por los upetistas del teatro.

□ □

Un poco ha mejorado el público madrileño de teatros. Ya no es tan absolutamente ignaro como era hace unos cuantos años, cuando saciaba su avidez tea-

tral con la «alta comedia» de la Princesa, sainetillos andaluces y los decorados llenos de guirnaldas y bombillas eléctricas de Apolo. Ha mejorado el público. Pero todavía sigue siendo decisivo el criterio del mesotipo, de la grey batueca. Y esto es lo inadmisibile. Porque que el bloque conjunto, en bruto, de toda concurrencia, sea vulgar y de baja sensibilidad, es natural y ocurre en todas partes. Pero lo que no sucede en todas partes es que la voz de ese bloque sea la que domine y anule, casi siempre, a la opinión inteligente.

Nuestro gran público de teatros sigue sin conceder la menor autoridad a la inteligencia y a la cultura. Toda obra teatral que, en nombre del arte, se salga de las «normas» espesas de lo ramplón y lo sentimentaloides es protestado por la cáfila.

En el estreno de *Maya* hubo críticas de zapato contra la inmoralidad de la obra. Acabaron imponiéndose los aplausos. Mas no por eso todos los tarufos del patio dejaron de exhalar sus quejas pudibundas. «¡No hay derecho!», decían. «Debiera prohibirse traer estas cosas a escena.» Desde luego, *Maya* no tiene nada de immoral. Al contrario: es hondamente moral, puesto que deviene ejemplar a través de su neutra formulación estética. (La ejemplaridad no hay que buscarla sólo en los hogares cristianos y en los claustros del cenobio—entre otras razones, porque muchas veces se perdería el tiempo—, sino también en los panoramas atrayentes de la indignidad. No debemos olvidar que el bien se revela de dos modos: por acuerdo y por contraste. Procedimiento este último preferido por los verdaderos artistas, los cuales no están obligados a dar lecciones de moral a nadie, sino a realizar obras bellas.

Maya nos presenta la vida de las prostitutas en un puerto mediterráneo. Vida austera, lírica y ennoblecida por virtudes profundas. El hecho, en realidad, fantástico del vicio, del comercio vil y de los crímenes y apacherías de todos esos mundos que viven en los barrios protervos de los puertos, no tiene importancia. O si la tiene, la tiene como pura fantasía. En la pura realidad o bajo fondo (y todo fondo es bajo), los hombres buenos y los hombres malos nos hallamos mucho más próximos de lo que parece. Todos somos unos. La Humanidad entera es deliciosa mezcilla. Una Linda de lupanar marítimo y humilde puede también ostentar en su pecho la sagrada panoplia. Y los siete puñales. ¿Sentimentalismo de galería? ¡Claro! Se nos antoja oportuno el manejo de este ingrediente. ¿Si acabaremos por descubrir que es un valor puro? Simón Gantillón, el autor de *Maya*, ha hecho una obra acre. Enrareciendo la poesía dentro de cada brutalidad, de cada escándalo, para mejor di-

EDITORIAL PLUTARCO

ACABA DE PUBLICARSE:

Segundo tomo y mapas de

LA ESPAÑA DEL CID

DE

RAMON MENENDEZ PIDAL

Director de la Real Academia Española

LECTURAS DE HISTORIA DE ESPAÑA

POR

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ
y AURELIO VIÑAS

VIDAS CAVOUR

DE

MAURICIO PALEOLOGO

De la Academia Francesa

COLECCION DE AUTORES CONTEMPORANEOS

Ediciones reducidas y numeradas, en papel de hilo

L A A M A N T E

versos, segunda edición, por
RAFAEL ALBERTI

EL ARTE DE BIRLIBIRLOQUE

POR

JOSE BERGAMIN

POEMAS ARABIGO-ANDALUCES

POR

E. GARCIA POMER

luir el efluvio lírico en toda la farsa. «Azorín», con la prodigiosa finura de su tacto, nos ha dado una versión española de *Maya*, perfecta.

Y Mignoni compareció con el decorado escénico de mejor idea y calidad que hemos visto en España desde siempre.

□ □

De haber sabido a tiempo que la comedia *Triángulo* era, efectivamente, de Martínez Sierra, no me hubiera molestado en ir a ver los catetos y la hipotenusa de esa *jometría*. Pero, la verdad, creí que Martínez Sierra, con el afán

de lucirse y demostrarnos que él está al tanto de las cosas que se llevan por ahí fuera, habría tomado cualquier obra de autor moderno auténtico (Kaiser, O'Neill, Bontempelli, Pirandello...) e inspirándose en ella nos daría algún trasunto aceptable de buena literatura teatral.

Pero, ¡quia! Ni eso.

Triángulo es una especie de vodevil sin gracia ni inventiva. A ratos sentimental, a ratos cursi. Un engendro que su autor—porque no cabe duda respecto a la paternidad de la obra—, el Sr. Martínez Sierra, pretende hacer pasar por co-

media nueva y atrevida bajo el título, a su parecer vanguardista, de *Triángulo*. ¿Qué entenderá el lacrimógeno autor de *Canción de cuna* por vanguardismo? Lo mismo podría haber titulado estos tres largos actos «La inquietud de amar» o «Corazón insaciable», rótulos que están más a tono con aquellos otros conmovedores de su dilatado repertorio.

¡Ah! Se me olvidaba una cosa.

La ilustre actriz Catalina Bárcena no me gustó, como actriz, nada, nada.

Pero, vamos, lo que se dice nada.

Cada día se diluyen más sus positivas facultades en el amaneramiento.

La quincena internacional

EDITORIAL

La crisis francesa

El accidente de mayor importancia, mediata e inmediata, de esta última quincena, ha sido la brusca caída del Gobierno Tardieu, los esfuerzos de Chautemps para formar un Gabinete de concentración izquierdista, y su fracaso ante la coalición de todos los grupos reaccionarios.

No del todo inesperada en Francia, la caída de Tardieu había sorprendido en Londres, en la Conferencia Naval, en la cual había causado indudable impresión la fuerte personalidad del primer ministro galo y su actitud categórica.

La debilidad interna del Gobierno Tardieu consistía, precisamente, en que sus dos únicos puntales eran el prestigio personal de su presidente, por un lado, y la necesidad de proseguir la trayectoria trazada anteriormente—en un «concordato» Poincaré-Briand—para la política exterior de la República, y que puede resumirse en el triple lema: «Paz, conciliación, seguridad.»

Mas la presencia de un militarista como Maginot en el Gobierno desvirtuaba en modo considerable esta orientación pacifista que exige el pueblo francés de sus gobernantes y a la cual éstos—sean los que fueren—no pueden sustraerse. Si Briand representa una voluntad, mejor o peor articulada, de paz y conciliación, Maginot ponía un énfasis exagerado y exclusivista en la fórmula «seguridad».

En política interior, Tardieu significaba, por su parte, el predominio de la gran burguesía y de la gran industria. Es, hoy por hoy, el agente más capaz, más moderno, resuelto, inteligente—más temible—de las fuerzas de conservación social en Francia. Pero si la gran burguesía es actualmente uno de los sectores más potentes y mejor organizados del país, no es el más numeroso. En una país como España, y en el actual panorama político español—con el retraso que lleva sobre la vida social europea—, ese sector habría de colocarse entre el liberalismo casi avanzado. En el occidente de Europa, los anhelos de justicia social van ganando capas ascendentes y hacen que un Tardieu signifique freno, reacción casi: devoción in-

teligente a los privilegios de la plutocracia.

Este desequilibrio entre la voluntad o los deseos más generales del país y la orientación social de su Gobierno manifestábase en la política financiera de éste. La economía de Francia—merced a un esfuerzo formidable, hábilmente dirigido, encauzado y aprovechado—se ha restaurado hasta una relativa prosperidad. El contribuyente quiere, con lógica, que los copiosos ingresos del Tesoro se utilicen para aliviar sus cargas, las cargas que ha venido soportando, para el restablecimiento precisamente de la prosperidad nacional. Exige que ese alivio se consiga disminuyendo los gastos militares, que considera excesivos a pesar de todas las propagandas en favor de la obsesión «seguridad». Y, simultáneamente, que favorezca, en primer término, a los más necesitados de ello: es lo que viene llamándose «desgravamiento por la base». Aliviar la carga fiscal empezando por abajo. Finalmente, existe en Francia un popular deseo de realizar cuanto antes—aprovechando la recuperada prosperidad—medidas amplias de asistencia social, de «seguro» para el productor.

Se ha visto que el Gobierno Tardieu-Chéron-Maginot pretendía dedicar el cuantioso superávit de sus ingresos a medidas de «protección» militar, que, sin duda, habían de satisfacer altamente a la industria beneficiaria; pero ni respondían a la voluntad popular de paz ni procuraban el deseado alivio al exhausto contribuyente. Sobre esta profunda discrepancia—y no, como algunos creen, por una treta de ese parlamentarismo que tanto denigran—ha caído el Gobierno Tardieu.

De ahí que al intentar Chautemps la formación de un Gobierno de izquierdas, el grupo radical, del cual procedía, y los socialistas al condicionar su apoyo, le señalaran con toda claridad el programa y la ruta a seguir—en consonancia con la voluntad de la mayor parte del país, sean los que fueren los manejos de la oposición derechista—: alivio del contribuyente, y del más pobre en primer lugar; disminución de los gastos militares; realización de las grandes reformas democráticas (escuela «única», seguros sociales); acentuación de la política exterior pacifista.

Pero la plutocracia movilizó a todos sus representantes en el Parlamento para un asalto violento y metódico, que logró derribar al Gobierno Chautemps, apenas nacido y en la primera votación. Y la plutocracia no se recata en decir que no tolerará una nueva formación del «cartel», de la unión de radicales y socialistas, que haría peligrar seriamente sus privilegios. Ahora irá repitiendo en su Prensa que «ante el caos parlamentario, que no deja gobernar, se comprenden y justifican las dictaduras».

Y aún se encontrarán papanatas para hacer coro, sin advertir que su ingenuidad es aprovechada por todos los descuidados de la farsa. Cuando en el tinglado se vitupera contra la verborrea parlamentaria, contra los vicios de la política profesional, nosotros debemos traducir al público, eterno esquilmado, esos anatemas que en realidad tratan de ahogar la fiscalización popular, el control del país en la administración de sus negocios, y colocar el consabido cartel: «Abróchense. Cuidado con los rateros.»

INFORMACION

La Conferencia de Londres

La crisis francesa ha obligado a la Conferencia Naval a marcar un compás de espera. Puede tener otra repercusión, si el Gobierno Chautemps logra afianzarse en la Cámara contra la ofensiva combinada de militaristas y representantes de la oligarquía banqueroindustrialista. Puede modificar la actitud de la Delegación francesa en un sentido más conciliador, y por ende facilitar la solución y el acuerdo.

Aunque presentada con inteligencia y decisión por Tardieu, la tesis francesa resultaba en el contrasentido de un incremento en las construcciones navales de algunos países, cuando la Conferencia debía tener un objeto, no solamente la limitación en un porvenir más o menos inmediato, sino la reducción general y rápida.

Los delegados italianos han aprovechado la obligada pausa para tomar contacto con el dictador fascista. La posición adoptada por Italia es la que apuntamos en el primer número de esta revista: Limitación, reducción, hasta supresión,

si los demás la aceptan. (El estado verdaderamente precario de la economía italiana en estos momentos no es propicio a dispendiosas construcciones.) Pero el prestigio fascista no permite que nación alguna continental — léase Francia — pueda tener una flota superior a la italiana. Aunque Italia esté encerrada en el Mediterráneo y Francia tenga que asegurar sus comunicaciones con lejanas colonias. En el papel, por lo menos, quiere Italia ser igual al más fuerte. Es la lógica peculiar del prestigio...

Entre los periodistas norteamericanos que hacen la información de la Conferencia circulaba estos días un rumor optimista. «Si la Conferencia — decían — dura unas cuantas semanas todavía, se llegará seguramente a la reducción deseada. Los países representados no tendrán más remedio que renunciar a la construcción de nuevos barcos, porque los gastos de las Delegaciones habrán agotado el presupuesto.»

La tregua aduanera

Otra Conferencia internacional para el Desarme. En Ginebra. Se trata allí del desarme aduanero, en términos algo parecidos a como se planteó en Londres el problema naval: tregua, por de pronto, en el aumento de aranceles. Reducción paulatina y general de las tarifas hasta retrotraer las barreras económicas a su mínimo posible en la Europa actual. Y esperanza lejana, si no de un desarme total, de una inteligencia—cuando menos europea—capaz de acabar con las

trabas suicidamente puestas — hoy — al intercambio comercial.

Si se echa una mirada al famoso «mapa de las barreras aduaneras», tan oportunamente construido y expuesto por Morrison Bell, se advertirá la obcecada estupidez del proteccionismo reinante. Se echará de ver cómo los pueblos se ahogan económicamente, oprimidos por ese férreo cerco. Y se explicará la actitud que los respectivos delegados han adoptado ante la razonable propuesta de armisticio en la guerra de tarifas.

(España, conviene no olvidarlo, tiene en el mapa de Morrison Bell las murallas más altas. Su arancel total es el más elevado de Europa: 28 puntos, contra los ocho de Holanda. Compárese el estado económico actual de los diversos países europeos y saquen conclusiones los que quieran.)

En Ginebra, la Delegación española ha formulado serias reservas contra la tregua propuesta por la casi totalidad de los países económicamente importantes. Portugal ha acentuado aún esa actitud. Pero el único país que se ha opuesto rotundamente a todo armisticio en la guerra proteccionista es Italia.

Y es que la política general de los pueblos, hoy más que nunca, sigue forzosamente una trayectoria en íntima relación con su administración interior.

El nuevo partido inglés

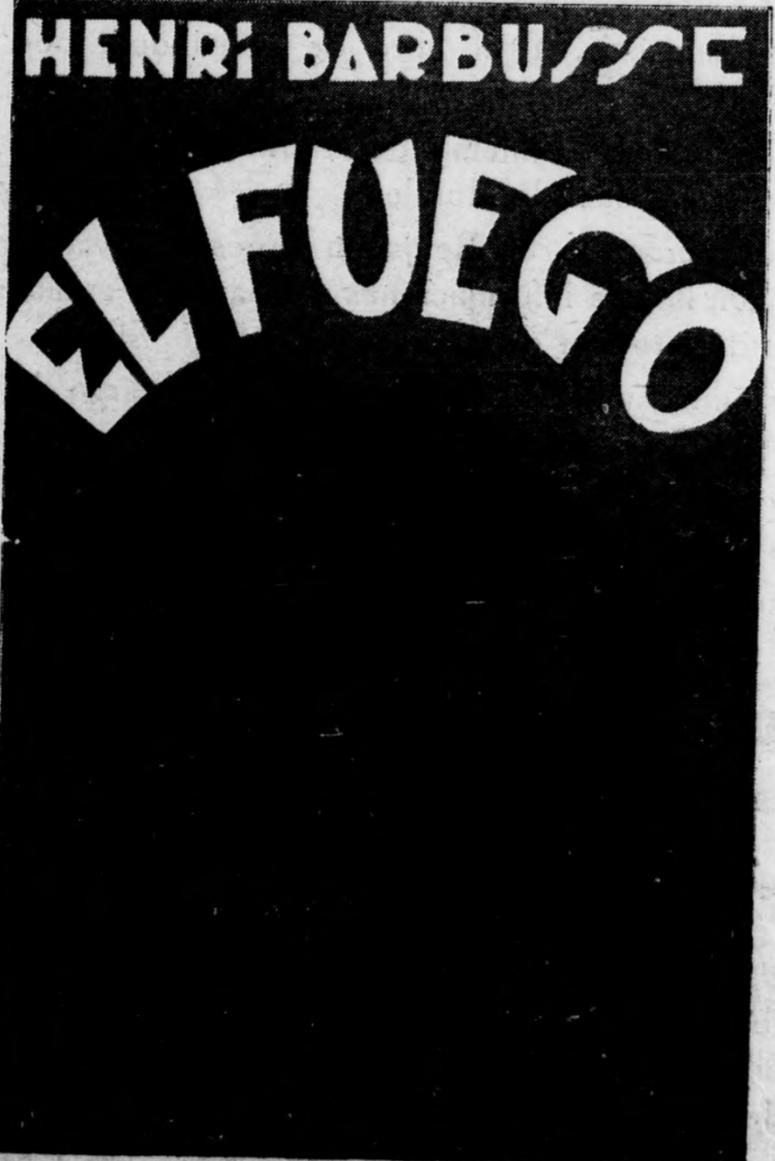
La «cruzada» predicada por lord Beaverbrook en favor de lo que él llama

«Empire Free Trade», librecambio imperial — eufemismo prudente que debe traducirse «proteccionismo imperialista» —, ha cuajado en su separación del partido conservador, arrastrando consigo a su colega y ex rival lord Rothermere, para fundar un nuevo partido imperialista, el «United Empire Party».

Míster Baldwin y el partido conservador, aunque favorables a un proteccionismo «prudente», que a su vez disfrazan con el vocablo «salvaguardia», saben que el pueblo británico no ha de consentir en un sistema que resulte, en definitiva, un impuesto indirecto sobre las subsistencias. No ignoran, además, que los primeros en rechazar un *Zollverein* imperial son los Dominios de Ultramar.

Quedan, por lo tanto, escasas probabilidades de éxito a los dos lores. Disponen, es cierto, de dos grandes periódicos populacheros, los de mayor tirada en las Islas Británicas. Pero las últimas elecciones han demostrado lo que muchos sospechaban: que detrás de esa Prensa sensacionalista no existe fuerza política alguna.

Ya vaticinan los órganos conservadores que si el nuevo partido cumple su promesa de presentar una nutrida candidatura en las primeras elecciones restará a los *tories* un cierto número de votos y favorecerá así indirectamente a laboristas y liberales, sin provecho para su propia causa, que pocos toman en serio.



TRADUCIDO FIELMENTE AL
ESPAÑOL POR VEZ PRIMERA

EDICION POPULAR. 305 páginas

3,50 PESETAS

PROLOGO ESPECIAL DEL
AUTOR PARA ESTA EDICION

Pedidos contra reembolso a Editorial Cénit, S. A.

Apartado 1.229.—MADRID

Exclusiva de librería: C. I. A. P. Librería Fe,
Puerta del Sol, 15.—MADRID

“LA GACETA LITERARIA”

La única revista española que informa con serenidad de criterio, imparcialidad y amplitud, del movimiento literario español, europeo y americano. Cuenta con las mejores firmas españolas y los más finos críticos de Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Inglaterra.

En España no hay medio de estar al tanto de la Literatura española, y fuera de España, si no se lee esta espléndida revista, tan ecuánime en su postura rigurosamente literaria, informativa y cultural.

Número suelto: 30 céntimos. Por suscripción de un año, para España y América: 7,50. Extranjero: 10 pesetas.

(Lea el próximo número de *La Gaceta literaria*, de homenaje a D. Miguel de Unamuno. Colaboran en él las grandes figuras españolas y europeas.)

CIRCUITO IMPERIAL

(12.302 KILOMETROS LITERATURA)

Este libro, una de las obras más extraordinarias por su estilo, su profundidad y su cultura, de ERNESTO GIMENEZ CABALLERO, relata las impresiones de su autor por tierras de Portugal, Italia, Holanda, Alemania, Bélgica, Francia. Libro donde aparece unido el interés del paisaje al interés espiritual o artístico, particularmente literario, de los distintos países.

== 3,75 pesetas ==

Corresponde esta obra a los cuadernos de *La Gaceta literaria*, que ha editado últimamente *Salón de Estío*, de Benjamín Jarnés, y *Novísimas greguerías*, de Ramón Gómez de la Serna.

“ LA RAZA ”

EL próximo día 7 de marzo aparecerá la antigua Revista de “LA RAZA”, que cuenta más de quince años de existencia, rejuvenecida merced a grandes y atinadísimas reformas. Constará de treinta y dos páginas en papel satinado. Publicará sólo dibujos. Llevará una portada de actualidad, en tricolor, por Bartolozzi, Penagos, Ribas, Baldrich o Ferrer.

“LA RAZA” atenderá a la política con artículos de Rafael Altamira, Antonio Zozaya, Miguel de Unamuno, Dionisio Pérez, Gregorio Marañón, Soldevila. Atenderá a la Literatura, con Alberto Insúa, Pío Baroja, Martínez Sierra, Montero Alonso, Eduardo Zamacois. Y al libro de actualidad, por E. Salazar y Chapela.

“LA RAZA” informará del teatro, por Rafael Marquina. Del cinema, por Fernando G. Mantilla. De finanzas, industria y comercio, por Rafael de Morales.

“LA RAZA” no excluirá el mundo americano. Se ocuparán de él: Benjamín Jarnés, R. Blanco-Fombona, Alberto Ghirardo. No excluirá el mundo musulmán; llevará informaciones de Santos Fernández y Gil Benumeya. Ni al mundo sefardi, del cual ha de informar extensamente Rodolfo Gil.

“LA RAZA” se ocupará asimismo de la mujer y el niño, y estas secciones correrán a cargo de Concha Espina, Carmen de Burgos, María de Echarri, María Luz Morales, Matilde Muñoz, René de Hernández.

“LA RAZA”, que no llevará nunca fotografías, se verá en cambio ilustrada artísticamente con dibujos de Augusto, Sileno, Puyol, Oscar, Solís Avila y Aristo Téllez.

“LA RAZA” aparecerá quincenalmente, los días 7 y 22.

Número suelto: 40 céntimos

Por suscripción, un año: 9 pesetas

REDACCION Y ADMINISTRACION: PRINCIPE DE VERGARA, 42 Y 44

Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1, Madrid. Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona. Librería Fe, Campana y Martín Villa, Sevilla. Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena. Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca. Librería Fe, Larga, 8, Jerez. En Tánger, Antigua calle del Banco de España. En Buenos Aires, Florida, 251.

LOS LIBROS

**AZORIN.—*Superrealismo* (Pronovela).
Ruiz Castillo, Madrid.**

La novela en nebulosa puede que no sea un género ni signifique la posibilidad de una nueva fórmula de expresión literaria. Pero eso no resta originalidad a la obra de «Azorín», que explora elementos subconscientes previos. En realidad, lo que viene después es lo accesorio: la técnica, la composición, el engranaje. «Azorín» es un escritor «que está de vuelta», y se decide a discriminar las partes más oscuras y difíciles de la creación.

Conviene tener en cuenta lo que en él significa el concepto de superrealismo. El modo francés, con André Breton a la cabeza, intentaba sorprender esas funciones de subconsciencia por el procedimiento freudiano. El escritor se acostaba después de echar las redes en ese océano misterioso del sueño, y al levantarse volcaba sobre las cuartillas la redada de insinuaciones, sorpresas y recuerdos. Pero esto es, por lo general, un arte en potencia, un arte de reflejos y nebulosidades, un arte de resonancia y lejanías. El superrealismo de «Azorín» agudiza la conciencia, la superpone a la vida hasta colocarla en el primer plano de las realidades auténticas. De ahí esa mezcla de fantasía y realismo que arroja un precipitado artístico original y sorprendente.

Su obra es también una obra de estilo, arquitecturada, como no podía menos de suceder, tratándose de un escritor que ha hecho en nuestras letras un estilo de rasgos concretos. Sólo que la arquitectura está formada de elementos autónomos que se integran después en la obra de una manera unitaria y total. El libro de «Azorín» es un complejo de formas esenciales dentro de un esquema estético de explícita novedad.

D. F.

**PIO BAROJA.—*Los pilotos de altura y La estrella del capitán chimista*.
Editorial Caro Raggio. Madrid, 1930.**

Con estos dos nuevos libros continúa Baroja la serie de las novelas del mar, cuyos anteriores volúmenes fueron *Las inquietudes de Santhi India* y *El laberinto de las Sirenas*.

Baroja, también piloto de altura de la novela, se nos ofrece ahora en un momento interesante de su trayectoria literaria. Sin olvidar esos acres tan personales de su estilo—acres que son como los acres de los pintores—ni su fuerza de expresión, parece sentir un lirismo nuevo. Un lirismo más claro, más abierto. Los tonos sombríos de la descripción, y sobre todo del humor, que en algunas obras de Baroja tienen un valor decisivo, se han ido aclarando como se aclara el cielo de nubes cuando las barre el viento. ¿Es el mar? ¿Es el tema del mar el que con su poesía natural, inmensa y sin literatura, fluidifica las sensaciones del gran escritor?

En los libros de pura introspección —*Las horas solitarias*, *Las cavernas del humorismo*, etc.—hay, a veces, un en-

NUEVA ESPAÑA no necesita afirmar por su propia cuenta, a tanto la línea, que es la única revista española que alcanza todos los frentes del pensamiento contemporáneo. NUEVA ESPAÑA lo acredita con su texto y con su conducta. Desligada de toda suerte de compromisos, incluso de compromisos editoriales, nuestra revista no es órgano de ningún monopolio publicitario, ni informa tendenciosamente acerca de la producción

-- -- librería. -- --

NUEVA ESPAÑA, en fin, no utiliza los resortes económicos para vincular la obra de la inteligencia y el espíritu a los intereses de una casa editorial o de un grupo plutocrático. Para significar la importancia de NUEVA ESPAÑA basta observar que hasta alguno de sus enemigos -- se anuncia en ella. --

rarecimiento de aire y de luz, frío y hasta angustioso. Baroja, a solas con las ideas, es inexorable con la Naturaleza. Entonces vence en él Castilla y la misantropía torva de un individualismo soberbio. La energía mística, de raíz anarquista. En los libros de ambiente europeo, ya mezcla de ritmo ideológico, tonos románticos extraídos de una realidad exterior, ante cuyos tipos o paisajes desenfrena, adrede, su excepcional sentido crítico y su gracia satírica. Pero es en el mar y con dos tipos de aventureros vascos donde le vemos moverse a sus anchas, desplegando todas sus facultades de novelista—esto es, de inventor—y, divirtiéndose al propio tiempo que nos divierte, con las intrigas de la narración y el laconismo magistral de los retratos. *Los pilotos de altura* y *La estrella del Capitán Chimista* son, ante todo, grandes espacios libres. Naturaleza magnífica, luz y viento en las velas, calmas ardientes del trópico y brumas y tormentas heladas. Puertos, aventuras, acción viva. El litoral americano, la trata de negros en la primera mitad del siglo XIX, y también: escenas de mestiza vida social y de piratería amarilla en el Extremo Oriente.

Yo creo que nunca ha manejado Pío Baroja los elementos y valores de la narración con tanta soltura y vigor como ahora, en estos libros. Son libros desbordantes de vitalidad, dionisiacos, plenos de fresca amoralidad y determinismo. El espíritu barojiano se muestra en ellos diáfano, de una finura gris, casi azul, sin nubarrones. Todo es movimiento y despreocupación en el carácter de Chimista. Todo es encanto de emoción marinera en la estampa y la historia de estas goletas, estos bergantines que se llaman «La Unión», «La Bella Vascongada», «La Estrella»... Y en las figuras que van y vienen, sencillas o barrocas, alocadas o razonables, como mecanismos de inteligencia, hechos para la acción.

El terrible doctor Mackra tratado sin la precisión y el tacto psicológico con que el novelista le trata, se convertiría, fácilmente, en un personaje de folletín. No lo es porque se halla muy encajado en el cuadro dramático. (Dolly es una de las siluetas femeninas más delicadas del mundo barojiano.)

Muchas sugerencias y reflexiones técnicas, concitan los dos últimos libros de Pío Baroja. En otra ocasión hablaré de lo que se advierte en ellos de—en lenguaje cinematográfico—manejo de planos.

A. F.

LUIGI-STURZO.—*Italia y el fascismo*.

El autor de *Italia y el fascismo* es un perseguido por la dictadura de su país. El libro del abate Sturzo no se ha podido—por este motivo—publicar en su lengua. Tenemos entre manos la interesante traducción española que —acompañada de un prólogo informativo o estudio preliminar—ha compuesto el docto catedrático de la Universidad de Murcia Mariano Ruiz-Funes.

Sturzo es un batallador por la democracia del cristianismo. Su silueta firme se dibuja como una gran afirmación—ahora como una gran negación—en el panorama social de Italia. Desde 1895 se dió a las organizaciones católicas, y desde entonces ha desempeñado cargos públicos y ha tomado parte en la oposición como enemigo personal de Mussolini. A raíz del armisticio le vimos acaudillar el partido popular italiano.

Así es la vida de Sturzo. Vida inquieta de perseguido, que le ha llevado a Londres, donde ahora se encuentra, porque el fascio ha cometido muchos crímenes y el participar una vez más de uno nuevo no le importaría gran cosa. Sturzo ha sido numerosas veces amenazado de muerte desde la misma Prensa fascista. Presidió su partido hasta el asesinato de Matteoti, continuando desde entonces ocupado en la publicación de libros, unos sobre cuestiones de sociología y derecho y otros que se enfrentan directamente con el problema político de su país, como *La libertad de Italia*, el *Pensamiento antifascista* y su *Italia y el fascismo*, merced al cual escribo estas líneas.

El libro de Sturzo constituye una fuente copiosa de información al alcance de todos. Comienza por trasladarnos al siglo XIX, a la unidad italiana. Se consideraba «liberalismo» todo lo que tendía al rompimiento del poder absoluto, y Sturzo, con un conocimiento exacto de ellas, analiza las luchas todas de ese tiempo, las actitudes de la Iglesia, las maniobras del papado, la política interior y exterior del país, etc.

Asistimos de su mano al acontecimiento de la gran guerra. Entonces Italia tenía una crecida falange de diputados socialistas y se declaraba neutral. Hubo una «semana roja» que inquietó a todos y que fué dirigida por Mussolini... Después del fracaso de toda negociación pacifista, Italia fué a la guerra. ¿Por qué? Con el único objeto de enfrentarse con Austria para fines nacionalistas y ambiciones territoriales. Analiza el autor la actuación de cada país en la guerra, terminando sus comentarios sobre el problema con la intervención americana. Señala inmediatamente la aparición de la secta comunista, ya rotunda, y nos dibuja la Italia de la postguerra, con la desvalorización de la lira, que llenó de pesimismo a las clases empobrecidas.

Al término «clase política» dedica Sturzo especial atención. El choque entre la «clase política» y los esfuerzos diseminados de un liberalismo joven, combatido por el procedimiento conservador, que desarmaba a los socialistas y a toda la izquierda: he aquí el panorama sombrío de aquella hora. ¿Y las Universidades? Los universitarios, después de la guerra nadaron en un frío apolitismo; eso fué todo. Buscaron la cultura alemana. Se desacreditó la palabra política en boca de los profesores escépticos.

Señala Sturzo las abdicaciones de la manera gubernamental, que se llaman: expedición de D'Annunzio a Fiume (1919), sublevación de Ancona y evacuación de Vallona (1920), ocupación de las fábricas (1920) y marcha sobre Roma (1922).

Se había lanzado en el 19 el llamamiento político de aquel partido ante-

rior al fascio que se dirigía «a todos los hombres libres y fuertes».

Y llegamos a la aparición del movimiento fascista. El fascismo fué un hijo de la guerra, que se apoderó del espíritu de las gentes por cobardía, por miedo—un miedo superior—, a Rusia. Lo ve Sturzo como una transposición del socialismo realizado en nombre de los intereses nacionales. «Queremos—había dicho Mussolini, cuando el problema agrario de 1919—dar la tierra a los campesinos. Estos no saben lo que es el Estado. Quieren la tierra para ellos en propiedad y deben tenerla.»

Lo sucedido fué verdaderamente insólito. Un partido político que se militariza y se apodera del Poder, batallando contra la propia milicia organizadora... Mussolini, «hombre de cultura general y de formación política mediocre, posee brillantes cualidades de improvisador». Ciertamente. Improvisó un partido que sostuvo con la tiranía. De revolucionario se hizo conservador, de la negación del concepto Patria pasó al imperialismo más intransigente. Eso es Mussolini. Un reaccionario, un producto necio e intolerable de la más bárbara estética primitiva. (Estéticamente, su figura tampoco es tanto. No creo que haya quien le recuerde siquiera a Napoleón.)

Ya Ruiz-Funes nos habla, en el prólogo de *Italia y el fascismo*, del «mito» de la Marcha sobre Roma, mejor dicho, de la marcha sobre Roma. «Desde Milán—dice—es anunciada por el duce. Por teléfono, se le ofrece el Poder y lo acepta. Hay un previo convenio con el Rey...» La definición que del movimiento da Ruiz-Funes me ha cautivado: «Un alarde de escenografía política, hábilmente asegurado por un sagacísimo *metteur en scène*.»

Sturzo, abate, amante de la democracia cristiana, termina su interesantísimo libro con un canto a su doctrina de paz. «Los populares sirven su ideal—dice—. Ellos harán triunfar la Democracia sobre la Oligarquía.» Y después: «También en Italia llegará a hora del advenimiento de una democracia que, con métodos de libertad, reconciliará a todos los partidos y devolverá al país—con respecto a Europa—su verdadero carácter de gran potencia pacífica...»

ANTONIO DE OBREGON

MASSIMO BONTEMPELLI.—Il figlio di due madri. Edición «900». Roma.

La agilidad dramática y humorística de Bontempelli, el destacado y verdaderamente nuevo escritor italiano—Bontempelli no es un infeliz Curzio Malaparte cualquiera—alza su tinglado de ingenio en esta su última novela.

Desde luego podemos afirmar que aquí hay novela. Bontempelli, como todos los vanguardistas (mote de ayer) responsables, ha iniciado ya ese cuarto de vuelta hacia lo argumental, y la textura, sin detrimento de la imagen y el humor, que empiezan a caracterizar a los mejores narradores de ahora.

En *Il figlio di due madri* se manejan los que pudiéramos llamar elementos de arbitrariedad con un pulso y exactitud en las dosis, bien significativos. El no-

velista que acierta a tal equilibrio técnico bien puede alardear, después, de *ista* del pasado o de *hiperista* del futuro.

Puede, sin duda, alardear de los tópicos cotizables en los cenáculos de las minorías petulantes. Y despistadas.

Pero por eso mismo, por no ser Bontempelli un Curzio cualquiera, prescindiendo con elegancia de la adscripción a ningún *ismo*. Sin desdeñarlos tampoco en nombre de un imposible gesto burgués.

R.

REVISTAS RECIBIDAS

Política

Hemos recibido el primer número de esta publicación mensual, de espíritu liberal y vigorosa información y doctrina, dirigida por J. Miargano San Martín.

Avaloran su texto originales de Fernández Almagro, Santiago de Orbe, Manuel Azaña, César Falcón y otros distinguidos y conocidos escritores.

Universidad (Madrid)

Primer número: «Para Universidad», por D. José Sánchez Guerra; artículos de Bartolomé y Más, Antonio Carpentier, López Alonso.

El Obrero Astur (Oviedo)

«La piratería de la paz», por Romain Rolland; «Problemas de orientación», por Mariano A. Fuente; otros trabajos de Harduya e Izquierdo.

Estudios (Valencia)

Unas palabras de Ortega y Gasset. Colaboración de Isaac Puente, Max Reinhardt, Samblancat, etc.

Orbayo (Sama de Langreo)

Colaboración de Juan A. Cabezas, José Antonio Hernández, Silvio Itálico. Poemas de Rivas, Panedas y Ovidio Gondi.

Rioja Republicana (Logroño)

Reproduce el artículo de Jiménez Asúa, en NUEVA ESPAÑA.

Revista de las Españas

La República

Bolívar

Se ha empezado a publicar esta interesante revista hispanoamericana, a cuyo frente figuran los distinguidos escritores Pablo Abril de Vivero y J. Pérez Domenech.

Los dos números que hasta ahora han salido contienen notables originales.

El segundo número de esta revista es, si cabe, más interesante que el primero. Con nutridísima colaboración hispanoamericana.

VIDA ESPAÑOLA

GALICIA

La nueva generación

Todo joven gallego que escribe, que pinta, que esculpe, que hace música, trabaja desde y para Galicia. Si es escritor, busca sus temas en los problemas circundantes y trae a éstos una mirada templada en europeas normas. Si es artista, se bebe el paisaje y el folklore mientras trabaja. En todos late el mismo anhelo, hijo de idéntica conciencia. La conciencia: tener en las manos un período de la cultura gallega. El anhelo: hacer avanzar esa cultura. Así se explican hechos como el de un poeta «puro», por ejemplo, que se interesa, escribe artículos en los periódicos en pro de la construcción de una Residencia de Estudiantes compostelana. Así se explica el reiterado debate para la unificación ortográfica del idioma gallego. Y así se explica, finalmente—para no citar más hechos—, que en estos días nos hayamos planteado unos cuantos la cuestión del periodismo.

Todo cuanto hacemos, lo hacemos—muchas veces ya inconscientemente—desde el punto de vista gallego. Nuestra labor va lastrada, indefectiblemente, de galleguismo. Por tanto, aun en el caso del pintor, del poeta y del músico «puros», la obra tiene un sentido humano, político. Un sentido verdaderamente «cultural», ya que está engendrada en el sentimiento de estar viviendo y de hacer vivir más toda una cultura.

Eso constituye, a mi juicio, el signo de nuestro futuro. Entre otras juventudes ibéricas—falsas, de toda falsedad—, nosotros tenemos, desde que nacimos a la vida intelectual, conciencia de nuestro destino. Sabemos para qué tratamos. Nos sentimos hombres de un pueblo. Vemos que ese pueblo espera algo de nosotros. Nuestro esfuerzo tiene, pues, sentido.

Por eso nuestra posición entre las juventudes ibéricas, es clara. Radicalmente opuestos a ciertos sectores, nos encontramos fraternalmente simpatizantes con todos aquellos que sienten el porvenir de los pueblos. Opuestos adversarios de todo el que se sienta desarraigado de la Humanidad o pretenda un retroceso en algo.

Y por si en mis palabras se quisiera adivinar un rastro de nacionalismo a la moda, diré que todos mis jóvenes amigos de Galicia, los de firme solvencia moral e intelectual, galleguistas en todos sus actos, detestan cordialmente a todas las juventudes nacionalistas del mundo. Nuestro nacionalismo, si así se empeña alguien en denominar nuestra actitud, se limita al estudio de nuestros problemas peculiares y a la exaltación de nuestras características, con miras al enriquecimiento en notas humanas de la armonía del mundo. Si alguna denominación actual nos conviene, será, únicamente, la de socialistas—en el más estricto sentido de esta palabra.

No sé si me cegará la pasión. Pero, por todo lo dicho anteriormente, yo creo que la nueva generación gallega tiene asegurado un bello porvenir. A parte el

valor de la obra personal de cada uno de nosotros—me refiero a la labor intelectual «pura»—, tenemos ese sentido de encontrarnos al servicio de un pueblo. Por pequeño que sea nuestro esfuerzo, al estar así orientado, no podrá perderse. Comparadlo entonces con el fruto de otros jóvenes desprovistos de tal sentido.

JESÚS BAL Y GAY

Una baja en las letras gallegas

Confusa, entre una cruel y vacua retórica de pseudovanguardia, nos llegó la noticia de la muerte de Manuel Antonio. La conciencia de Galicia siente en estos momentos la amargura de este segundo desgarrón que la muerte produce entre

sus huestes juveniles. Hace unos años murió Amado Corballo. Ahora es Manuel Antonio, otro joven que, como aquél, no llegara a los treinta años, quien nos deja.

Dentro de la mocedad gallega representaba el paradigma del galleguismo. Insobornable en su exaltada rebelión, de una cordialidad intensa y recogida, de una pureza estética sin precedente en nuestras letras, Manuel Antonio jalaba con ejemplar gallardía nuestro camino de íntima redención.

Su obra es corta, pero definitiva. Escrupuloso y exigente hasta la exageración, teníamos sus amigos que incautarnos de los originales antes de que, descontento siempre, los destruyese. Tras muchos ruegos, publicó en 1928 su único libro: *De catro a catro*, que mereció una acogida jubilosa. Mas, a pesar de su exigua producción, su eternidad quedó asegurada en el año firme de sus poemas. Manuel Antonio vive y tiembla en la malla sutil de cada verso con la intensidad de un segundo definitivo y total. Enamorado del mar—dejó la carrera de Filosofía para hacerse piloto y vivir la vida obscura y heroica del navegante—, sorprendió en atistas geniales sus estremecimientos de tragedia, sus múltiples voluntades de lucha y el álgebra de sus horizontes.

Descanse en paz el camarada cuyo recuerdo llameará siempre en la conciencia más pura de Galicia.

O. E. F

COMPañIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA

Capital desembolsado:

500 MILLONES DE PESETAS

A partir de 1 de marzo próximo se pagará a las acciones preferentes, contra el cupón número 21, un dividendo a cuenta, de pesetas 7,93, ya deducidos todos los impuestos.

El pago se efectuará en los Bancos que a continuación se expresan o en cualquiera de sus Sucursales, Filiales o Agencias:

- Banco Hispano Americano**
- Banco Urquijo**
- Banco de Bilbao**
- Banco Hispano Colonial**
- Banca Marsáns, S. A.**
- S. A. Arnús Garí**
- Banco Urquijo Catalán**
- Banco Herrero**
- Banco Guipuzcoano**
- Banco Mercantil**
- Banco Pastor**

Madrid, 21 de febrero de 1930.

GUMERSINDO RICO,
Consejero Secretario

Política de realidades

Una de las obras de misericordia de que habla el Catecismo cristiano es la de redimir al cautivo. Pues el primer problema político gallego, problema previo y urgente, no creemos que pueda apartarse mucho de esto. Galicia se encuentra en serio cautiverio y mientras no se realice su manumisión en debida forma será un peso muerto para la noble empresa de pálingenesia nacional.

Ante esta realidad que queremos hacer destacar crudamente todo el esfuerzo generoso de nuestras breves minorías selectas viene estrellándose de modo fatal, dejando, cuando más, una minúscula huella, menor que la de la ola en la roca, en determinadas zonas del país.

Galicia se halla presa en las redes del ruralismo. Galicia son cerca de dos millones de habitantes de campo y marina, y apenas treinta mil moradores de ciudades y villas. Galicia carece de grandes urbes, por lo tanto, contra la voluntad de los mejores, es toda ella esclava del caciquismo; en unos sitios directa y en otros indirectamente. Para incorporarla a Europa se precisa «civilizarla». Sólo «civilizándola» podrá ser útil a sí misma y a España. Hasta ahora, defecto muy gallego y también muy español, apenas se ha pensado en los habitantes del «rús», y cuando se pensó fué de modo esporádico e intermitente, con lo cual resulta que más de media España está inédita y virgen para la política, viviendo de espaldas a la ciudadanía o, lo que es igual, siendo rémora continua para toda actuación civil. Aquéllos, sin los cuales la existencia

sería imposible, porque se puede vivir sin comerciantes, sin industriales, sin médicos, sin artistas, sin curia, pero no sin sembradores de pan, se encuentran en Galicia—y que cada uno hable de lo que conozca y palpe, única manera de llegar a una coordinación de realidades políticas, poniendo en práctica la ley del menor esfuerzo—tan desposeídos de todo apoyo ciudadano, tan imposibilitados para poder sentirse personas, que bien pudiéramos afirmar que, con relación a los mismos, todavía son algo mítico y legendario los derechos del hombre que en el mundo civilizado privan.

Para cerca de dos millones de gallegos que parecen rimar sus angustias con los sollozos de la carreta que vuelan por el aire saliendo del fondo de las corredeiras, no hay otra forma de vida política que la sumisión absoluta a la voluntad de unos cuantos cacicuelos aldeanos que contactan con los cacicones de las capitales de provincia, como éstos a su vez con uno o varios oligarcas residentes en Madrid, so pena de verse agobiados por la ley del embudo, que tiene a su servicio los impuestos municipales, los gravámenes de la contribución, el juzgado de paz, todas las armas precisas, en una palabra, para que los labradores gallegos de hoy se vean más esclavos de la caciquería andante que los siervos de la gleba lo eran ayer de los despóticos señores feudales. Cualquiera voz ciudadana que se levante, pues, en el campo de nuestra tierra, será ahora, como antes, *vox clementis in deserto*, si no nos aprestamos todos los gallegos liberales—hay que ser liberal para sentirse liberador—a emprender sin tregua ni cansancio la humanitaria cruzada de la «civilización» del agro.

Es este un problema de solución inaplicable para Galicia. Una labor apostólica y cristiana, en que se hallan obligados a colaborar todos los izquierdistas del país. Mientras no haya sentimiento cívico en el «rús», ¿para qué hablar de partidos? Mientras nuestras taifas caciquiles se llamen conservadoras—aquí, donde no hay nada que conservar—, llevando a Madrid la ficción de un conservadurismo gallego, inri de inris, que cultiva el garciaprietismo con disfraz de liberal y el bugallismo sin disfraz alguno, ¿qué es lo que procede?

Pues, sencillamente, una unión sagrada de todos los devotos de la ciudadanía, una evaluación de elementos de puro fervor democrático, nueva hermandad gallega, donde caben jóvenes y viejos, intelectuales y no intelectuales, que caiga en el campo como una tromba siempre que sea preciso, sin dejar nunca el contacto con la masa labriega, previa la organización de una buena oficina de reclamaciones y orientaciones. Y ningún concurso más idóneo podría solicitarse para esta santa empresa de cultura liberadora que el de los mozos universitarios, que supieron en los últimos tiempos de la dictadura desplegar una bella rebeldía como quien realiza un deporte, llevando la sonrisa en los labios, la burla en los ojos y un noble sentimiento liberal en el fondo de sus corazones. Si queremos ofrecerle una nueva Galicia a la nueva España precísase hacer lo que nosotros propugnamos. Un bloque fomentador de la ciudadanía a *au trance*, que fuerce a los campesinos a ser libres, de amplia tendencia fisiocrática, que cabría denominar la Hermandad

verde, y que, de organizarse seriamente, obtendría éxito rápido y feliz. No sabemos de una misión más alta, más justa y humanitaria para las generaciones gallegas del momento. La responsabilidad de éstas será grande si no lo entienden así y continúan profesando el *laisse faire, laissez passer* ante las bárbaras arbitrariedades de las taifas caciquiles que constituyen la mayor afrenta de nuestra tierra. No olvidemos que en las estrofas de los grandes poetas gallegos vive angustiosamente encerrado tan generoso anhelo.

A. VILLAR PONTE

VALENCIA

Nueva política republicana

Próximamente será convocada una Asamblea del partido de Unión Republicana, en la que estarán representados dos distritos de la capital y todos los pueblos de la provincia. Pueblos muchos de ellos que tienen más habitantes—Alcira, Játiba, Gandía, Carcagente y otros—y son más ricos que muchas capitales de provincia: Avila, Toledo y Soria, por ejemplo.

Las cuestiones a discutir, a estudiar en este verdadero congreso de la democracia valenciana, son de extraordinaria importancia. Se ha de someter a la deliberación de los asambleístas un proyecto de programa que estos días últimos se ha publicado en *El Pueblo*, órgano del republicanismo valenciano, para que puedan todos estudiarlo debidamente, formando juicio sobre los múltiples aspectos tratados en él. Programa que se funda, en cuanto a la doctrina democrática y la futura estructuración del Estado republicano, en el programa federal de Pi y Margall; pero al que se aportan, en orden a las preocupaciones de los tiempos nuevos y a las experiencias obtenidas en los años corridos desde 1896, en que aquel ideario de los federales españoles fué aprobado, reivindicaciones políticas y, sobre todo, reivindicaciones de carácter económico y social por demás interesantes. Supone, en este aspecto, el proyecto de programa a que aludimos un evidente avance sobre otros programas republicanos, revelando la preocupación de sus autores de dar con ello satisfacción a legítimas necesidades y a fundadas ansias del elemento trabajador, que en Valencia, gracias a la obra política y social de Blasco, inspirada en principios de vivo amor a los humildes, a las clases desheredadas, estuvo siempre bajo la bandera republicana.

Se tratará, pues, en esa Asamblea sobre la doctrina, sobre los principios ideales vertidos en ese proyecto de programa introduciendo en él las modificaciones que los asambleístas acuerden. Se discutirán igualmente otros proyectos presentados por una Comisión delegada para esos efectos por la Comisión reorganizadora de partido, que a la muerte de Azzati, y para impedir toda disidencia, fué nombrada; disolviendo organismos nombrados con arreglo a bases y Reglamentos vigentes hasta entonces en el partido de Unión Republicana; esos proyectos a que nos referimos son: uno de bases y otro de Reglamento de la Asamblea que ahora va a ser reunida, y que se prevé debe ser convocada todos los años para tratar de los problemas interiores de la organiza-

ción y tratar singularmente de cuestiones, de necesidades varias de la región valenciana.

Estas han de constituir la principal preocupación del Congreso de la democracia valenciana, ahora, en este primer Congreso que va a reunirse a principios de marzo y en los futuros, porque, aspirando como aspira el republicanismo a gobernar, a influir de modo decisivo en los destinos del país, ha de conocer y estudiar con el acucioso interés que debe hacerlo quien tiene la ambición y sensibilidad de gobernante todos los problemas planteados en la región valenciana de orden jurídico, social o económico, estimando que con ello realiza la labor más eficaz y fecunda que se le puede atribuir, rindiendo, por otra parte, el servicio más importante que puede rendir al republicanismo nacional.

Y no son pocos y de poca entidad los problemas que ha de tratar el republicanismo valenciano. Esos pueblos a que nos referíamos antes, Alcira, Játiba, Carcagente y Gandía, representan intereses muy cuantiosos; intereses económicos, en primer término. Son el centro de extensos distritos agrícolas, cuya principal fuente de ingresos la tienen en la exportación a Inglaterra, Alemania y Holanda y otros países del Báltico, de naranjas y algunas otras frutas y hortalizas. Reclaman éstos, como lo reclaman igualmente Liria y Torrente, con sus vinos, y Sueca y Cullera, con sus arroces, pueblos de robusta vitalidad también, muy densos, una política arancelaria característica, de perfil muy distinto al que pueden pretender tener, y en realidad ya tienen ahora, los siderúrgicos vizcaínos, los trigueros castellanos y los cultivadores de la remolacha en Aragón y los tejedores catalanes. Pero, además de esto, estos pueblos valencianos, grandes como capitales de provincia, ya lo hemos dicho, recios, de poderosa vitalidad, reclaman de una política nueva, de una política auténticamente republicana, otro cúmulo de atenciones. Unas son de orden social, y se refieren a las organizaciones obreras, a los Sindicatos, al régimen de contratación; otras son de orden jurídico, y se refieren al derecho de propiedad; otras son de orden espiritual, ya que esa política auténticamente republicana a la cual nos hemos referido, no sólo ha de atender al fomento de los bienes materiales, a guardar determinados intereses económicos, sino que ha de levantar la cultura de ellos, ha de infundirles un ideal, ha de fomentar la instrucción pública, estableciendo escuelas de toda clase, bibliotecas circulantes, ateneos, trocando, en suma, el espíritu rural de estas poblaciones por el espíritu de ciudad, por una civilización que contenga mayores y más enérgicos estímulos de progreso, de superación, que sea menos conformista.

Hay, además, otros asuntos muy interesantes, que afectan grandemente a Valencia; es, por ejemplo, la repoblación forestal de las montañas que unen el territorio valenciano a Castilla y Aragón, hoy casi por completo desnudas, con la consiguiente repercusión en el clima, en el régimen de lluvias de las vegas del litoral. Repoblación, por otra parte, que debe realizarse tendiendo a satisfacer en lo posible necesidades de la riquísima industria mueblera de Valencia y la de la

carpintería, y al establecimiento de una industria química que contribuya también a facilitar a la citada industria ebanistera barnices y gomas, que ahora ha de comprar en otras partes. Es también asunto importantísimo el hidroeléctrico, pues debe procurarse por todos los medios captar de los ríos que cruzan el país el potencial necesario para alumbrar todos los pueblos y mover todas las instalaciones de riego del país sin necesidad de quemar un kilogramo de carbón, ya que éste no se tiene en Valencia. Asunto importante es también promover la mejor repoblación humana del país, muy desigual hoy, pues en tanto que en las vegas de Valencia, desde Catarroja a Sagunto, se llegan a contar 250 habitantes por kilómetro cuadrado, en el interior sólo hay 60, y en algunos casos, 40.

Este rápido índice de las cuestiones que han de preocupar al republicanismo valenciano dará idea, aunque ligera, de la importancia que ha de tener el Congreso que se convoca. Tal vez en éste no se traten aún esas cuestiones, porque es el primero y en el que se inician corrientes nuevas para el republicanismo valenciano; pero el hecho de plantearlas y de crear los organismos que deben estudiarlas y dar, si es posible, a las soluciones que se propongan categoría de gacetales, es motivo suficiente para concederle importancia y suscitar el interés de todos los republicanos españoles.

JULIO JUST

CASTILLA

El campo y la literatura

Sea ésta una nota bibliográfica a la novela desconocida. Es decir, no haremos aquí ese extracto o éxegesis de un volumen determinado de reciente aparición, ni siquiera una discriminación de su anécdota, de sus partes, con ese prurito tan actual de mecanizar la literatura, de utilizar la «estilo» como una llave de tuercas y desmontar una novela como quien desmonta un motor de explosión: hacer de un todo armónico un caos de tornillos, pistones, bielas, válvulas, etcétera.

Se ésta una nota crítica del libro o, mejor aún, de los libros que están por aparecer, y que harían referencia a un gran sector de la vida española. Porque España, que supo descubrir a América,

todavía no se ha descubierto a sí misma. España, que supo transportar las huellas de su derecho y de su fe a nuevas tierras, todavía casi ignora cómo se arrastra la vida cotidiana de un sinnúmero de pueblos españoles.

La vida rural, con toda su miseria, con toda su seriedad, con todo su dramatismo, es ignorada por casi todos los ciudadanos cultos.

Cultura significa vivir en ciudad. Convivencia en universidades, ateneos, bibliotecas; lectura de periódicos, revistas y libros; grata asistencia a teatros, cinematógrafos y centros de recreo. Y en el campo no hay nada de eso. En el campo sólo hay un agro extenso que se agiganta y que parece adquirir corporeidad viva para enfrentarse como un enemigo ante el obrero que ha de trabajarla. En el campo sólo hay un cielo azul, pero cuya pureza de sol acusa más su lejanía, y un clima áspero e implacable que agarrota las manos con los frios de la madrugada—cuando hay que empezar la labor—y es fuego tórrido sobre los cuerpos jadeantes a las horas del medio día.

Hasta ahora, la visión de la vida rural sólo nos la han dado los turistas: el político-turista y el literato-turista.

El viejo político, que ahora está dispuesto a revivir—tras seis años de quietud latente, como las lagartijas—y que antes solía ser proclamado por el artículo 29. Era aquel tipo de político turista encasillado en Gobernación, y que salía desde la misma Puerta del Sol en su automóvil para hacer un grácil recorrido al distrito. ¡Qué bellos los sembrados, matizados de verdor! ¡Qué tonalidad más limpia la de las barbecheras, recién alomadas! ¡Qué sanidad la de aquel olivar, qué lindos aquellos chopos junto al caz del derruido molinó!...

La estancia del político cunero en cada pueblo se reducía a media hora. Una ritual visita al cacique máximo—un señor de recio bigote y no menos recias pelucas—, al alcalde y al secretario; un vino de honor en la casa del primero, y a continuar la visita cívico-pastoral...

Al elector no había precisión de verlo. Por otra parte, no se encontraría en el pueblo. El que más, el que menos—todo hombre útil—, se hallaba adscrito a aquellas horas a su haza, a su fundo—o al haza o al fundo del señor amo—, y hasta

bien cerrada la noche no volvería a su hogar a poderse reclinar en la desvencijada silla de anea, junto a la lumbre, y allí abstraerse con la mirada perdida en el crepitar de la leña. Su mujer, como un chisme más de vecindad, le contará la visita del «diputado». Un simple encogimiento de hombros será la respuesta del «elector».

Del escritor-turista podríamos decir lo mismo. Acude a los lugares ya con un plan preestablecido. El influjo de las anteriores lecturas seudorrurales ha puesto ante sus ojos un vidrio multicolor. ¡Qué difícil es sintonizar la sensibilidad pueblera con la sensibilidad ciudadana! Para el hombre de población, cada campesino es un enigma. ¡Qué difícil es averiguar lo que piensa aquella cabeza tras sus ojos claros de esfinge!... Tal vez en nada de lo que se imagina el intelectual. En comer..., cuando le espolea el apetito... En dormir..., cuando sus párpados se hacen plúmbeos... El frío agudo y el calor tórrido han ido insensibilizando su epidermis gruesa y áspera como la de un saurio. El excesivo trabajo corporal ha aquietado la fragua del cerebro...

A la novela rural conocida hasta hoy le sobra literatura... ¡Esos héroes campesinos de una fina delicadeza espiritual!... ¡La elegancia aristocrática de aquella jornalera!...

Como a la política rural le sobra eso: «política»..., la entraña campesina se halla todavía virgen, en espera de una pluma viril que la desflora... Y es porque no basta el ademán de una simple caricia epidérmica. Hay que penetrar hondo, cavar en las conciencias, labrar por bajo de su pasividad—que no es resignación—como ellos lo hacen con la azada o el arado ante la tierra hostil.

Y los políticos que vayan al campo, que sean maestros o apóstoles. ¡Que tengan la vocación de su apostolado! Que dejen el automóvil y emprendan su peregrinación andando o a horcajadas sobre un mulo romo, como en sus visitas Luis Bello. Y sea requisito esencial una convivencia de varios días con los electores, para así adivinar sus apetencias, sus aspiraciones...

Novela rural, novela desconocida.

¡Un Dostoiewski o un Pío Baroja, ajeno ya a esa labor del siglo XIX!

LUIS DE VILLAVA

EL DISCURSO DEL SR. SANCHEZ GUERRA

No creemos que los antidinásticos españoles esperasen del discurso del Sr. Sánchez Guerra otra cosa que un pliego de cargos al titular de la Corona y una especie de arrepentimiento de sus servicios a la dinastía. Nosotros no esperábamos otra cosa, y lo mismo que no nos hemos entusiasmado antes no nos sentimos ahora decepcionados. Al contrario, creemos que el Sr. Sánchez Guerra ha hecho un favor a las ideas republicanas negándose a formar en el republicanismo. Una República que naciese con el pecado original de antiguos monár-

quicos, no sería sino un sistema en decrepitud apenas nacido.

El Sr. Sánchez Guerra ha hecho en la política su «canto del cisne». Ni siquiera ha aceptado el programa mínimo de las Cortes Constituyentes. Se ha limitado a decir que no gobernará con el Rey y a pedir responsabilidades. Y como no es republicano, tampoco gobernará con la República. Por lo tanto, su caudillaje político ha terminado.

Sin embargo, no dejamos de reconocer su sinceridad política y su gallardía en los últimos años de la dic-

tadura. Personalmente, lleva por lema la decencia. Su actitud corresponde a convicciones mantenidas sin tibieza. Y denuncia, además, el estado de ánimo de algunas fuerzas de derecha, que no viven a espaldas de la realidad.

No es, sin embargo, el estadista, el hombre histórico que algunos han querido ver en él antes del discurso de la Zarzuela.

Lea usted

NUEVA ESPAÑA

E T I C A P O L I T I C A

DEPURACION DE LAS CONDUCTAS

por JOSÉ DÍAZ FERNANDEZ

La política no es sólo un mecanismo de ideas puesto en juego para afrontar los problemas de un país y de una época. La política es, también, un despliegue de conductas, porque a los hombres hay que conocerlos por sus obras. La ética individual puede no tener importancia superlativa en genios políticos como Danton o Mirabeau, productos revolucionarios, eminentes cristalizaciones de la íntima transformación de un pueblo. Pero es esencial en la política cotidiana, en la política como técnica, cuyo objetivo más próximo es utilizar instituciones estabilizadas y vigentes. Obsérvese que, aun en los períodos revolucionarios culminantes, cuando está más alta la marea de la Historia, las figuras íntegras son las que llevan la muchedumbre detrás de sí: Robespierre, Lenin. Y es que la política que no se siente en función de sacrificio, no ofrece ninguna virtualidad ejecutiva. Gorki cuenta cómo Lenin llegaba a prescindir de la música para evitar la invalidez sentimental.

En España, país de picaresca, los pícaros se acogieron habitualmente a la política. Esa larga teoría de validos que encontramos en toda la historia de España, es el precedente directo del vasto caciquismo rural, que desde la corte se extendía hasta la más recóndita aldehuela. Organización intrincada de poderes personales que destruía la eficacia del sufragio e inmovilizaba la conciencia pública. Los homúnculos de nuestra política eran los enanos de Gulliver, maniatando al pueblo, impidiéndole toda voluntad de participación activa en sus propios destinos. Yo no digo que en el Estado español se registrasen mayores inmoralidades de orden económico que en otros Estados más adelantados y liberales (los Estados Unidos, por ejemplo, cuya política de escándalo sólo se concibe en el país plutocrático por antonomasia); pero la simonía y el peculado importan poco en relación con resultados más peligrosos. Por ejemplo: el desaliento que llegó a apoderarse de la muchedumbre hasta hacerla soportar sin protesta, y lo que es peor, sin escrúpulos, el régimen de dictaduras.

Lo primero que aquí se precisa para poner en marcha una nueva política es una escrupulosa revisión de conductas. Se está dando el caso de que, gentes que de una manera u otra han colaborado en los seis años anticonstitucionales, agitan ahora el banderín constitucional y pretenden encabezar movimientos renovadores. Hay otras que, denominándose liberales y dejando a salvo ese vago concepto de «los principios», no sólo han presenciado pacíficamente la fractura

jurídica de España, sino que se han acercado al Poder anormal amparados en cargos y organismos que serán todo lo apolíticos que se quieran, pero que servían de apoyo y fortaleza a la Dictadura. Existen también los participantes en organismos neutros, silenciosos, creados por iniciativa dictatorial, que, amparados en la penumbra burocrática, han aceptado sueldos, subvenciones y encargos de procedencia recusable. ¿Cómo pueden estos hombres intentar mezclarse con los que han conocido el destierro y los calabozos carcelarios, la necesidad económica y el desamparo civil? ¿Cómo es posible que la opinión pública confunda a unos y a otros y no distinga de entre la algarabía política las voces sinceras que han dado ejemplo de perseverancia y de rectitud?

Tan culpables de la Dictadura son los viejos políticos como los miembros de la U. P., como los sedicentes intelectuales que no se atrevieron a condenarla, como los que hicieron la oposición nominal sin definirla en actos concretos, como los que figuraron en nóminas de organismos ambiguos, como los que se entregaron a la vida fácil y tranquila cuando su posición y sus medios les permitían obstaculizarla y contradecir el régimen. Un inexcusable deber civil, de ética política, exige la depuración inmediata de actos y conductas, para que la opinión pública sepa quiénes merecen, para el porvenir, su confianza y quiénes deben ser aniquilados o residienciados. «La organización de la decencia nacional», de que habla Ortega y Gasset, sólo podrá llevarse a la realidad con esta obra inaplazable y previa. Tan inaplazable y tan previa como la revisión de los actos políticos y administrativos de la Dictadura.

Porque, al parecer, de lo que se trata ahora es de continuar la organización de la picardía nacional por parte de conservadores y de liberales, de colaboracionistas y de seudoindependientes. Quieren que la funesta tradición de nuestra técnica política, olvidadiza de procedimientos y conductas, continúe rigiendo en las horas más graves y difíciles. Quieren liberales y conservadores, intelectuales y analfabetos, que continúe el intercambio de intereses y compromisos, el cruce de amistades y simpatías, la tolerancia, el pacto y la desvergüenza. Madrid, el abominable Madrid del caciquismo plural, se alarma cuando el país entero les reclama a los hombres públicos su documentación de procederes y actitudes. A la nueva generación política, que con contados hombres de otra época ha sido la única que dió el pecho de veras a las violencias desatadas, cumple exterminar a los pícaros y exaltar a los decentes.

Se advierte a los señores que nos honran enviándonos colaboración espontánea, que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.